

Elementos para el estudio de la movilización social en Marruecos

Laura Feliu (Universitat Autònoma de Barcelona)
Josep Lluís Mateo Dieste (UAB)
y *Ferran Izquierdo Brichs* (UAB)

Estas páginas finales no son una conclusión al uso. Lo que proponemos es recoger algunas pistas que ayuden a reordenar los hechos aquí narrados, que nos ayuden a reflexionar sobre aspectos que quizás nos han pasado desapercibidos tras una lectura rápida de los diferentes capítulos, o a los que deseamos añadirles nuevas significaciones. Esta lectura transversal no la podemos realizar en este estadio de forma completa. La riqueza del material incluido se presta a diferentes lecturas, a las que se deberán añadir otras posibles. Hará falta una mayor reflexión, más tiempo, contrastar con otros lectores, ampliar el foco con nuevas teorías y nuevos casos. A pesar de ello, dejamos aquí un esbozo de nueve cuestiones que, creemos, los 22 casos presentados pueden contribuir a comprender un poco más. Podríamos decir que estas cuestiones se asemejan a una agenda de investigación en la que ya hemos escrito algunas notas.

Movilización social y revolución

En esta obra colectiva se han estudiado 22 casos de movilizaciones sociales que han ocupado la calle, reivindicado cambios, desarrollado estrategias, y en las que sus protagonistas, hubieran o no tenido éxito en sus reivindicaciones, volvieron de nuevo a sus casas, a sus barrios, a sus duares (los que pudieron) para seguir con sus vidas cotidianas. ¿Qué impacto tuvieron estas movilizaciones sobre el campo político, social o económico? ¿Cómo estas movilizaciones transformaron a sus propios protagonistas? ¿Qué poso dejaron para movilizaciones futuras? Cuando una movilización social se inicia, especialmente cuando implica a una colectividad amplia, resulta casi imposible prever cuáles serán las últimas consecuencias del evento. ¿Estamos frente al inicio de un

cambio radical, revolucionario? Aunque la movilización se haya iniciado con objetivos muy acotados (protestas por el aumento de matrículas escolares, contra la apropiación de recursos como el agua, etc.), está entre las posibilidades que escale integrando a otros sectores y/o otras reivindicaciones, o que origine un ciclo de movilizaciones más amplio. Las consecuencias de las movilizaciones pueden tardar años e incluso décadas en mostrarse en su verdadera amplitud. La ventaja de analizar hechos históricos es que ya conocemos qué pasó posteriormente, los efectos que tuvieron (y quizás menos cómo evolucionaron sus protagonistas, que pierden interés como objeto de estudio).¹

Desde esta perspectiva histórica, ¿qué componentes y características debe poseer una movilización social para que sea considerada revolucionaria? La definición de revolución según Goldstone incluye tres componentes:

(a) esfuerzos para cambiar el régimen político, que dibujan una visión (o visiones) en competencia sobre un orden justo; (b) un notable grado de movilización de masas informal o formal, y (c) esfuerzos para forzar el cambio a través de acciones no institucionalizadas tales como manifestaciones masivas, protestas, huelgas, o violencia (Goldstone, 2001: 142).

Los dispositivos apuntados pueden encontrarse en una muestra amplia de los casos estudiados. Pero a la revolución se le presupone algo más, una dislocación del orden establecido, una ruptura radical, que puede expresarse en cambios en las reglas políticas y sociales (hacia un nuevo sistema). La revolución es entendida como «[...] transformaciones rápidas y básicas de la sociedad de un Estado y de las estructuras de clase acompañadas y en parte llevadas a cabo por revueltas de clase desde abajo» (Skocpol, 1979: 4). Para los autores que beben de la tradición marxista, el *quid* de la cuestión debe buscarse en los cambios relevantes en el modo de producción (en la línea del *dictum* marxista según el cual la revolución se produce cuando existe un bloqueo entre las fuerzas productivas materiales de la sociedad y las relaciones de producción existentes).² Como afirma Albert Soboul (citado en Achcar, 2013: 10), la revolución implica: «[...] transformación radical de las relaciones sociales y de las estructuras políticas sobre la base de un modo renovado de producción». Un modo de producción se ha ido desarrollando progresivamente, pero las nuevas élites no están dispuestas a ceder su poder a las nuevas clases sociales que se han desarrollado en paralelo, por lo que el conflicto es inevitable (Keddie, 1995). Para Achcar, en una revolución social, en el sentido de una transformación profunda de la estructura social, el grupo social dominante es derrocado, pero esto no necesariamente precipitará un cambio radical en el modo de producción (una combinación de tecnología y relaciones de producción) (Achcar, 2013). No se trata, pues, tanto del cambio de las relaciones como de su modalidad.

La necesidad de incluir aspectos internacionales es otro de los elementos apuntados por la literatura. Fred Halliday ha sido uno de los principales estudiosos de esta dimensión, llegando a afirmar que toda revolución debe ser necesariamente internacional o no lo es (ya sea por el debilitamiento del Estado con respecto a sus rivales, por la difusión desigual del capitalismo moderno, por los cambios en los hegemonos globales o regionales, o por la difusión transnacional de las ideas) [(Halliday, 1999: 3); (Lawson, 2011)].

Las crisis que afectan el orden internacional fracturan las jerarquías existentes y prefiguran «épocas revolucionarias». Para otros autores, la revolución debe ser explicada mayoritariamente en base a factores político-ideológicos o culturales. Podemos compartir con Keddie que ciertas características se dan en la mayor parte de revoluciones sin esperar que estén presentes en todas, y que puede haber revueltas que tengan que ver más con revoluciones que algunas revoluciones entre sí (Keddie, 1995: ix). Para este autor, aunque se busquen grandes factores generales de carácter político y económico, poco hay en común más allá del descontento con el estado de las cosas. Charles Tilly apunta que la revolución es inexplicable en términos de condiciones necesarias y suficientes, y que toda teoría debe incluir las variaciones en sus diferentes formas (Tilly *et al.*, 1975).

A nuestro entender, si bien la movilización tiene en su base la búsqueda por la población de una mejora en sus condiciones de vida (y por lo tanto comporta descontento), como ya hemos indicado, la movilización está relacionada con una serie de factores estructurales (evolución del Estado y del capital en el período analizado), y sus oportunidades y formas relacionadas con el tipo de régimen de poder específico en el que se desarrolla.

Los acontecimientos aquí narrados difícilmente pueden asimilarse a la categoría de revoluciones, con la única excepción quizás de las movilizaciones vinculadas con la lucha por la independencia.³ Surgen dudas al respecto que requieren algunas reflexiones. Las movilizaciones vinculadas con el nacionalismo (entendido como una resistencia frente al control de los recursos por parte de actores considerados exteriores al sistema de poder legitimado) fueron múltiples y prolongadas en el tiempo, y todavía hoy existe un debate no solventado sobre qué movilizaciones pueden considerarse propias del ciclo nacionalista y cuáles no (sobre esta cuestión ver apartado 3). Indudablemente, la acción colectiva de la población fue determinante en la decisión de las potencias coloniales (Francia y España) de renunciar al régimen del protectorado y abandonar la ocupación. Tal y como se explica en el capítulo primero de este libro, desde el punto de vista de las relaciones de producción, el protectorado amplía e intensifica procesos necesarios para el avance del modo de producción capitalista como modo global de producción y

acumulación, con la convivencia de la autoridad sultaniana. Cuando se declaró la independencia –y en el contexto de la demanda por la población y las organizaciones de masas de que se busque el bienestar del conjunto de la población a través del desarrollo– se consiguió un breve cambio de rumbo de las opciones políticas y económicas (mayor participación política de diferentes sectores políticos en pugna, papel de las organizaciones de masas, cierta redistribución de recursos y de rentas como la tierra, etc.), que en ningún momento llegó a los niveles de las vecinas Argelia o Túnez. Estas opciones quedaron rápidamente neutralizadas. Incluso en la lucha anticolonial, los cambios posteriores quedaron limitados por la correlación de fuerzas resultante, por los liderazgos y los objetivos e intereses de las nuevas élites. Y en términos objetivos, la estructura social surgida del avance nacionalista marroquí sobre el Estado colonial y su apropiación en torno al rey no repercutió en una reducción de las desigualdades sociales. De manera que la progresiva urbanización del país y la acumulación de capital en manos de las élites en torno al majzén no ha hecho sino incentivar el descontento y la continuidad de protestas y movilizaciones desde la independencia hasta la actualidad.

Las revueltas del pan de los años 1980 y 1990 fueron revueltas que también intentaron incidir, infructuosamente, en los modelos de producción y de distribución de recursos impulsados por las Instituciones Financieras Internacionales y la CEE. Si bien ha habido vaivenes en el avance de las formas capitalistas de producción, con una presencia muy frágil de mecanismos para garantizar el bienestar, las movilizaciones han tenido una incidencia muy limitada en la transformación de estas formas, pero también sobre la jerarquización social o la participación y representación políticas.

Pero al mismo tiempo, de alguna manera, al estar las resistencias del siglo XX hasta la actualidad vinculadas a los avances del Estado y del capital, podríamos afirmar que todas las movilizaciones poseen un componente revolucionario. Las estructuras no deben entenderse únicamente como los límites de lo incambiable, sino que pueden expresar también lo contrario, «lo irresistible del cambio» (Halliday, 1999).

¿Cómo las nombramos?

Uno de los problemas clásicos de las ciencias sociales es el manejo de conceptos, distinguiendo entre los conceptos analíticos y los conceptos usados por los actores sociales de cada contexto local que les otorgan significado. Merece la pena recordar aquí la distinción clásica en antropología, procedente de la lingüística, entre los conceptos indígenas y los conceptos empleados por observadores externos (incluidos los

analistas del propio lugar), conocida como la distinción *emic-etic* (González Echevarría, 2009). En algunas ocasiones, las categorías de los analistas coinciden con las de los sujetos estudiados, pero no siempre es el caso.

También importa la forma de definir el proceso de poder y contrapoder, ya que esta forma de clasificación social y de etiquetaje puede incidir en la legitimación o deslegitimación de un determinado movimiento social o político, según quien sea el productor del significado atribuido a la palabra. Esta influencia se refiere no solo a la capacidad de movilización que ostenta un término u otro, sino también a las consecuencias políticas o jurídicas que pueda tener el manejo de una categoría en un contexto determinado (como por ejemplo el de rebeldía, sedición o traición), a la hora de atribuir un adjetivo a una movilización o a las consecuencias de esta.

En este sentido cabe remarcar que las sociedades emplean metáforas, tropos, a la hora de explicar la idea de la movilización, la resistencia o el contrapoder, desde imágenes comprensibles. Como observa Keesing, en Occidente triunfaron metáforas que hacen referencia al mundo de la física o la hidráulica: presión, resistencia, tensión (Keesing, 1992: 232-238). Este tipo de metáforas puede conducir a simplificaciones al sugerir la idea de dos fuerzas contrapuestas, poderosos y rebeldes, dominadores y resistentes, entendidos como bloques homogéneos que es posible reconstruir en cada caso. A menudo estas metáforas impiden observar la existencia de posiciones intermedias, acomodaciones y contradicciones.

También existen diversos peligros vinculados al cronocentrismo, a la hora de pensar acontecimientos del pasado desde categorías del presente inmediato, ya bien por la existencia de conceptos de moda, o por un ejercicio de proyecciones inconscientes. Jacques Berque escribía hace varias décadas un artículo titulado «Qué es una tribu norteafricana», en el que reflexionaba sobre un concepto dominante en la literatura colonial como el de tribu para mostrar sus complejos significados y, sobre todo, los usos políticos de estos (Berque, 1953). Eickelman recuperaba este tipo de reflexiones años más tarde para indicar que términos como «tribu» albergan múltiples acepciones según los significados otorgados ya bien por los propios protagonistas del fenómeno social (los miembros de la *qabila*, como concepto autóctono), ya bien por actores externos que también inciden en su dinámica, como las élites estatales, o las definiciones de los antropólogos (Eickelman, 2003). Procesos similares podrían estar sucediendo con términos como «revuelta», «rebelión», «protesta», definidos de modo distinto por los propios movimientos, por las élites que representan al Estado y por los analistas. La cuestión recuerda el manejo político de las palabras en otros contextos como la Guerra Fría, durante la cual los Estados Unidos etiquetan como insur-

gencia las revueltas socialistas o comunistas, y como contrainsurgencia sus intervenciones en diferentes continentes, incluyendo el apoyo a las dictaduras latinoamericanas. Otros conceptos afectan incluso a la población de la unidad de análisis, como en el caso de «sociedad civil», que aparece en un momento determinado de esta larga historia, y no antes. No se trata en ningún caso de negar categorías comparativas, sino de preguntarse cómo llegaron hasta allí.

Cómo los investigadores nombran a las movilizaciones es una cuestión que nos incumbe metodológicamente, especialmente en el ejercicio comparativo de este volumen: levantamientos, desórdenes, sedición, revueltas, resistencia, protestas, manifestaciones, huelgas, incidentes, intifada, disturbios, marchas, luchas, movilizaciones. Guerin, refiriéndose a los hechos de Meknes de 1937, señala que el evento se describe típicamente en la literatura como «disturbios» (*riots*), «un término que evoca fanatismo, falta de objetivo y pasión», prefiriendo el uso de términos que considera más neutros como «manifestación» o «protesta». María Angustias Parejo se pregunta sobre el concepto francés *émeutes* (disturbios) en su estudio sobre los hechos de Casablanca de 1965, y su uso para ocultar la participación de los movimientos sociales en las movilizaciones.

Cómo nombran los protagonistas a las movilizaciones es otra cuestión trascendental para ahondar en sus significados políticos. El caso del rezo del *latif* (dahir bereber) expuesto en este volumen por Josep Lluís Mateo es un buen ejemplo de estas cuestiones. La etiqueta de «protesta contra el dahir bereber» partió de la estrategia del movimiento incipiente de los jóvenes nacionalistas para construir un objeto contra el cual revelarse: el «dahir bereber» es la expresión y la explicación dada para enfrentarse a otras instancias, al orden colonial o a su exclusión de determinados puestos de la administración. La expresión quedó como tal en los estantes de la historia, y así ha permanecido etiquetada en el imaginario político. Blanca Camps subraya el uso de la denominación *intifada* por los protagonistas de las revueltas de Fez de 1990 para otorgarles legitimidad, y los capítulos sobre el Movimiento 20 de Febrero (M20F) destacan la voluntad de los activistas de resaltar el nacimiento del movimiento contestatario resaltando su fecha de inicio (M20F) que debe marcar un antes y un después en la nueva era.

Las «revueltas del agua» (Meknes), las «revueltas FMI», o «del pan» de los años ochenta, la noción de «Primavera Árabe» que recuerda otras movilizaciones sociales en otras latitudes, o el uso de la expresión «movilización popular» (*Al-Hirak As-Shaâbi*) para referirse a la movilización en el Rif desde 2017 son nominaciones resultado de la voluntad de sus protagonistas (de una parte), pero también de las preferencias de los medios de comunicación, e incluso de los analistas, coexistiendo otras apelaciones alternativas menos exitosas. Por ejemplo la denominación

«Primavera Árabe» tiene sus detractores por motivos diferentes (no recoge la fuerza del movimiento, sus protagonistas no se restringen al mundo árabe, etc.) y otras apelaciones han sido utilizadas o propuestas (revueltas de la ira, indignados árabes, etc.).

Frente a estas denominaciones, desde la contrarrevuelta se proponen contradenominaciones que deslegitimen las acciones, asociándolas a figuras criminales. La prensa francesa se refiere a los hechos de 1907 en Casablanca calificándolos de agresión por parte de «matones» o de «fanáticos» marroquíes contra obreros europeos; o se hace uso del concepto *fitna* para desvalorizar los enfrentamientos posteriores entre musulmanes. O Mimoun Aziza analiza la calificación de la revuelta rifeña de 1958-1959 por los agentes consulares españoles de «separatista».

Ciclos y fases

Las movilizaciones tienen efectos generativos sobre otras movilizaciones. Tarrow considera que: «La protesta se convierte en un ciclo de protesta cuando se difunde a varios sectores de la población, está muy organizada y se usa ampliamente como instrumento para presentar demandas» (Tarrow, 1989: 14-15). Conocemos la recurrencia de «olas» de movilización de movimientos sociales a gran escala y situaciones revolucionarias que pasan de una parte de la sociedad nacional a otra, e incluso a países colindantes o más lejanos. Ya en la época colonial las redes de noticias y la circulación de ideas y personas fue muy relevante, también a nivel transnacional (Anderson, 2008). Para que un evento-chispa comience una conflagración que se extienda desde un extremo a otro de una zona geopolítica o cultural debe haber una «predisposición» compartida a la revolución. Y unos canales. En el caso de las luchas por la independencia afroasiáticas, la fotografía, la radio, los periódicos, y más tarde los otros media contribuyeron a impulsar estos ciclos. Durante la Primavera Árabe de 2011 resultan relevantes las redes sociales (instrumentos de comunicación y coordinación) y los medios de comunicación modernos como las TV vía satélite, vías de contagio revolucionario nacional e internacional que pueden crear conciencia identitaria compartida (Tudoroiu, 2014). En este caso el ciclo se traslada desde la región MENA hacia Europa, mostrando que es posible el influjo de la periferia hacia el centro del sistema, de la Primavera Árabe a los Indignados en España (que en consonancia también eligen la ocupación de las plazas y la fecha de su movilización para autodenominarse: 15M). Estos ciclos encuentran también su respuesta contrarrevolucionaria. La respuesta puede ser también amplia, si bien el hecho de que el Estado se configure como una estructura de poder de primer orden delimita de forma importante el mapa contrarrevolucionario.

Los efectos de ánimo e imitación están ahí. Los ejemplos en el libro son numerosos. Las revueltas rurales de 1912 se producen con una relativa cohesión y lógica compartida –los motines de Fez, y la revuelta de El Hiba en el sur, estudiados por Burke III (Burke, 1976: cap 8)–. Madariaga observa el avance de la revuelta rifeña que se inicia en 1921 en la región de Alhucemas y se extiende posteriormente por todo el Rif central y la región oriental de la Zona Norte de Marruecos. Moreau recoge la observación realizada por Henry Clérisse de cómo la «Mancha de Taza» era un «foco de infección siempre latente que casi había conseguido que la disidencia del norte se extendiese hasta el sur en julio de 1925». La revuelta suele observarse como una enfermedad con alto potencial de contagio: otras personas, en otros lugares, pueden considerar que también es adecuado rebelarse. Ciclos de diferentes características afectarán estos territorios de la Zona Norte en diferentes momentos: 1958-1959, 1984, 2000 o 2017 (*Hirak*).

Clément observa que en el interior de Marruecos las protestas de 1955 son las primeras que se dieron de forma simultánea en varias ciudades (Casablanca, Khenifra, Mogador, Azemmour, Mazagan, Rabat, o Safi), a su entender gracias a sistemas de información ya bastante desarrollados. En 1965 los incidentes de Casablanca se produjeron a la par en Fez y en Rabat. También en los años 80 hallamos fenómenos similares. En 1981, las movilizaciones se producen en Oujda, Berkán, Fez, Nador o Casablanca. Tres años más tarde, en el marco de la crisis de la deuda, los planes de ajuste estructural y del aumento del coste de la vida, se iniciaron protestas en Túnez, que se extendieron a Marruecos en otro ejemplo de ciclo regional (Seddon, 1984). En total, en una cincuentena de localidades se producen movilizaciones consecutivas, no simultáneas, a modo de efecto cadena, ya que al finalizar en una ciudad se iniciaban en otra (Clément, 1987: 111). Por su parte, las revueltas de 1990 afectan sobre todo a Fez y a Tánger. En 2011, el M20F se inserta en un gran ciclo de protestas que se origina en Túnez y abarca posteriormente el conjunto de la región MENA, para reproducirse posteriormente de forma simultánea en centenares de localidades del país.

¿Qué particularidades tienen estos ciclos de conflictos? ¿Pueden observarse algunas regularidades? Estos ciclos de conflictos suelen ser agrupados en fases con características compartidas (por ejemplo: pre-colonial / colonial / revueltas «del pan» / Primavera Árabe) con continuidades y rupturas entre sí. De forma transversal se pueden encontrar continuidades y paralelismos entre estos ciclos, como se ha intentado señalar en el primer capítulo, que tienen que ver con las condiciones de vida afectadas por los avances del Estado y del capital, y también por la forma en que se va configurando el poder en Marruecos. Podemos situar las dinámicas de extensión del capitalismo y de creación de contra-

hegemonías en la *longue durée* de Braudel, mientras que los cambios de equilibrio se limitan a un tiempo mucho más corto, a fases o incluso acontecimientos que ocurren en el seno de esta larga fase.

Los ciclos de revueltas están vinculados a la extensión de estructuras y de procesos. En este sentido se puede considerar la trayectoria de las instituciones de poder, en especial del Estado, que en el caso marroquí (majzén) fueron fijadas sobre todo en la época colonial, facilitando asimismo su extensión por todo un territorio bajo viejos y nuevos mecanismos de control de las poblaciones. En esta consolidación podemos observar la evolución conjunta del Estado, del capital y de las redes de actores y recursos que actúan en su estructura y lo utilizan, junto a la intervención de actores foráneos y de las condiciones cambiantes de inserción parcial en el sistema económico internacional. Es por ello que las continuidades se prolongan más allá de ciertos ciclos. Las proclamas nacionalistas subsumen reivindicaciones de larga duración. Se consigue la independencia, pero continúan las revueltas, silenciadas por el poder y reprimidas. Las resistencias se producen contra los procesos de acumulación de poder (económico y político) por parte de las élites. Estos procesos, y las élites, dependen de la coyuntura histórica y local. La configuración de continuidades está ligada a la necesidad de las élites de acumulación de recursos económicos y de poder, y a su capacidad de generar alianzas y de resistir a la oposición. Los recursos y los mecanismos de poder, aunque evolucionan, son limitados (acumulación de la propiedad de la tierra, de capital, de control sobre el Estado, la coacción, la ideología, la renta del petróleo y del gas, la información), lo que también limita los procesos de acumulación, y ofrece características propias a cada uno de los ciclos.

Los casos aquí expuestos nos muestran la interacción de factores y la continuidad de elementos, de acuerdo con aquello que Polanyi denominaba la continuidad entre planos sociales, que el concepto liberal de economía se empeñó en aislar en esferas (la economía, la política, la religión...) (Polanyi, 1989 [1944]).

También en las represiones podemos hallar continuidades reveladoras, con la existencia de cuadros militares que ejercen técnicas de violencia similares en contextos y poblaciones distintas y en diferentes períodos. El general Mohamed Mizían entra en la Academia de Oficiales de Toledo por sugerencia de Alfonso XIII, se forma en la guerra colonial con Franco y accede a la máxima graduación dirigiendo las tropas marroquíes en la Guerra Civil española, pero tras la independencia entra a formar parte del ejército marroquí y participa en la represión del levantamiento en el Rif central en 1958, al igual que el general Uf-kir. Es aquí también donde Benslimane forma parte del aplastamiento del levantamiento, y su acción reaparece en las protestas de 1984, como sospechoso de ordenar una matanza de opositores (fosa común en Na-

dor con 15 desaparecidos), como recoge Suárez. Estas continuidades van más allá de las biografías personales y denotan la construcción de una metodología y cultura represivas. Los africanistas españoles que reprimen la revuelta rifeña de 1921 con asesinatos, violaciones y destrucción de poblados exportan sus métodos a la metrópolis para reprimir la revuelta obrera de Asturias en 1934. También es conocido cómo las técnicas represivas utilizadas por los franceses en Argelia en los años cincuenta son utilizadas en Marruecos en los setenta y por los norteamericanos en Iraq tras la invasión de 2003.

Las estructuras y los procesos creados por la acción de las personas evolucionan, aunque sea con formas y tiempos distintos, de manera que el panorama (el contexto identificado) que se dibuja a principios del siglo xx tiene poca semejanza con el de principios del siglo xxi. Cada ciclo de conflictos toma pues su propia coloración surgida del medio y composición propias.

Edmund Burke III en su completo estudio sobre la protesta y resistencia en el Marruecos precolonial de 1860 a 1912 destaca además de aspectos vinculados con el capital y la evolución del Estado, el papel que sustenta el islam en las protestas, como lazo principal de lealtad y el lenguaje religioso como elemento unificador de los movilizados. Los ulemas conforman un grupo esencial en las movilizaciones del período, y su suerte se asimila en cierta forma a la de la élite gobernante marroquí, fuertemente debilitada (Burke, 1976).

Sobre las fases de resistencia aplicadas a los casos coloniales, Keesing y Vansina han observado unas pautas que se pueden aplicar igualmente al caso marroquí [(Keesing, 1992); (Vansina, 2010)]. Una fase de revueltas armadas que, tras ser sofocadas por la superioridad técnico-militar de los ocupantes, conforman la aparición de formas de protestas vehiculadas en organizaciones de tipo religioso o visionario (que en el caso magrebí se puede observar en algunas cofradías o en la llegada del reformismo islámico); y en una fase posterior, el desarrollo de nuevas ideologías conformadas por el nacionalismo, con la adopción de mecanísmos de la sociedad dominante y de sus lenguajes.

Durante la época colonial, tras el control militar del territorio y la instalación de una nueva estructura de gobierno indirecto en los años 1910-1920, se inició a partir de los años 1930 un período de revueltas justificadas por el nacionalismo y las luchas por la independencia. Pero esto no significa que estas revueltas fueran causadas únicamente por el nacionalismo. Las causas de la movilización social suelen ser múltiples y complejas. No toda la población se ve afectada de la misma forma por las novedades que introduce la colonización, ni se trata de la única fuerza motriz explicativa del conjunto de procesos sociales, políticos y económicos. Por ello es importante evitar visiones lineales que asimilan la evolución sobre el terreno a una única dinámica.

Entendiendo las revueltas como tensiones dialécticas entre instancias de poder y contrapoder, podemos encontrar cambios tanto en las formas de las revueltas como en las formas de control político por parte del majzén, colonial y postcolonial; pero también importantes continuidades y persistencias. El nacionalismo y la resistencia cultural surgen tras la imposición militar del statu quo y de las estructuras del majzén colonial, fijado y recreado [(Gledhill, 2000); (Burke, 2014)]. Desde el lado del Estado y de las élites rurales y urbanas se producen transformaciones, se fija la autoridad y se «inventa» una monarquía en lugar del sultanato (Bourqia y Miller, 1999), con ritos nuevos como la fiesta del trono. El nuevo Estado independiente introduce cambios importantes al imitar las instituciones europeas (constitución, parlamento, sistema de partidos...). Las continuidades y persistencias se van a reproducir en el sentido explicado por Nisbet o Sahlins [(Nisbet *et al.*, 1979); (Sahlins, 1997: 47-79)]; el majzén reproduce estructuras coloniales, como el ejército o las nuevas ideologías de la nación, adaptadas al contexto local, en una suerte de conectividades entre los mundos coloniales y poscoloniales, poco evidentes para la sociedad (Stoler, 2016).

Las preocupaciones locales, especialmente en las zonas rurales, pueden no coincidir con el proyecto nacionalista de las élites urbanas en las principales ciudades (Tetuán, Fez, Rabat...). La gran paradoja del escenario colonial es que las separaciones entre los representantes del Estado francés y marroquí no fueron tan claras, puesto que ambos se retroalimentaban en su reproducción social y de poder. Y como consecuencia, la población más marginada no se vio tan atraída por las proclamas nacionalistas en un primer momento. Guerin, en su capítulo al referirse a la revuelta de Meknes de 1937, afirma que bajo la etiqueta de revuelta protonacionalista se esconden motivaciones muy diversas: «[...] respuesta colectiva a las rupturas económicas y demográficas a largo plazo en la región, que los residentes consideraron de alguna manera como relacionadas de algún modo con el manejo de los recursos coloniales y las presiones centralizadoras del majzén reformado». Guerin nos recuerda que el control colonial produjo un nuevo tipo de subjetividad anticolonial entre los manifestantes. Los intereses y demandas de la masa pueden ser subsumidos dentro de la lucha nacional (Lockman, 1994).

Como observa Beinín: «El interés político, la escasez de evidencia y la dificultad de desentrañar conciencias populares múltiples y contradictorias fomentan la tendencia de los intelectuales e historiadores nacionalistas a oscurecer la agencia, los intereses y las demandas de los campesinos y los trabajadores» (Beinín, 2001: 77). Está claro que el nacionalismo asociado a una visión de la modernidad burguesa no era entendido ni compartido por gran parte de la población. Por ello, en determinados momentos, la retórica nacionalista incorporó otras de tipo

religioso, que resultaban más atractivas o cercanas a estructuras y lenguajes previos. En el caso de las protestas contra el *dahir* bereber de 1930 se puede apreciar esta necesidad del nacionalismo incipiente de ampliar su base social; en cambio, en la manifestación de 1948 en Tetuán, el nacionalismo del Partido Reformista Nacionalista ya se ha popularizado en la ciudad, aunque la manifestación aprovecha la propia densidad del entramado urbano y la inserción de las mezquitas en este para convocar marchas a la salida del rezo. En otros momentos, como las revueltas urbanas de los años 1980 y 1990, los factores económicos, conformados por el nuevo escenario neoliberal, dan forma a otras retóricas que ya no reaccionan frente a un enemigo externo, como en el período colonial, sino que discuten la autoridad del *establishment* del majzén monárquico, ya sea desde movimientos de izquierdas, ya sea desde los nuevos movimientos de corte islamista, cada cual con sus particulares retóricas sociales y religiosas. En el M20F las demandas socioeconómicas quedan ocultas por la exigencia de una monarquía parlamentaria.

Las oportunidades de la acción colectiva dirigida hacia el cambio surgen cuando el orden establecido se vuelve vulnerable a las acciones de los contendientes y cuando sus costos de actuación se reducen. De la misma forma, la respuesta de las élites incidirá en la dinámica de la movilización, y estará ligada a la estructura del régimen de poder (Buechler, 2004). Los cambios en la estructura de oportunidades incitan a la acción. Solo cuando el régimen se debilita o se divide, los retadores tendrán la oportunidad de marcar la diferencia (Koopmans, 2004: 24, 28). Para Theda Skocpol resulta especialmente importante para el impulso revolucionario el debilitamiento de la estructura estatal, especialmente a causa de la guerra (Skocpol, 1979). Skocpol considera que el Estado tiene una autonomía considerable respecto a las clases y fuerzas sociales, y que la ideología no es tan relevante para explicar la movilización. El debilitamiento de Francia tras la Segunda Guerra Mundial es apuntado por la mayor parte de historiadores como un factor que resultó determinante en el avance del ideario nacionalista, uniéndose en la explicación el factor de extenuación de la metrópoli con el de adquisición por los nacionalistas del ideario liberal, asociado a la lucha contra el nazismo en la que habían participado (una visión necesariamente occidentalocéntrica). A estas contradicciones es preciso sumar un factor nada desdeñable como la participación de tropas coloniales en los conflictos europeos, que introdujeron nuevos elementos de negociación en la relación entre colonia y metrópolis. ¿Cómo negar los derechos o la libertad a quienes lucharon por Francia en la Primera y Segunda Guerra Mundial o por la España franquista durante la guerra civil española? De hecho, la gran paradoja es que la masa de soldados que murió en Europa pertenecía al campesinado y a las clases bajas de Marruecos, mientras

que la burguesía que construyó el nacionalismo raramente envió a sus hijos a morir al frente.

El mapa de las revueltas y los espacios

La geografía de las revueltas en Marruecos sin duda debe abarcar el conjunto del territorio, pero algunos emplazamientos parecen más propicios que otros. El relato histórico vuelve una y otra vez a localidades conocidas, reinventadas en diferentes períodos con diferentes protagonistas y reivindicaciones. Sin duda la concentración de población puede ser un factor (el vector rural/urbano, al que se hace referencia más adelante), al igual que otros elementos de naturaleza estructural, ya sean sociales, políticos o económicos. Para analizar esta geografía se entra de lleno en el debate sobre los factores causales de las revueltas. Pero sin duda a todo ello debe añadirse la conciencia de qué es lo que hace visible una revuelta, qué es lo que la convierte en acontecimiento histórico. La construcción del objeto tiene que ver también con el papel de los medios de comunicación, o con la ausencia de observadores bien situados que puedan difundir lo que sucede en un pequeño duar del Atlas (la ausencia de investigadores académicos en el Sahara Occidental ocupado, o el escaso interés por el Marruecos rural que va más allá de las grandes ciudades).

La geografía de las revueltas es también una geografía enmendada por un relato políticamente construido. En el libro el zoom se focaliza sobre determinados espacios considerados relevantes: los barrios en la medina de Casablanca en 1907 donde se encuentran los mercaderes europeos, con la población judía y musulmana; las tierras rurales del Rif que marcan grandes espacios de revuelta con fuertes conexiones; el Tánger en plena transformación conectado con la economía premoderna e informal de Tetuán; la segregación espacial de enclaves que se adaptan a las necesidades de los inversores internacionales, el «archipiélago de *clusters* especializados» (Davis, 2006: 62) alrededor de Ceuta; las extensiones de tierra alrededor de Meknes en 1937 o de Salé en 2015. ¿Es posible identificar en este magma una evolución con sentido? Sin duda es así, y el primer capítulo de esta obra aspira a ofrecer algunas claves en esta dirección para explicar el porqué de la importancia revolucionaria de algunos lugares. A pesar de su fuerte implantación histórica, como muestra Bazzaz en su capítulo sobre principios del siglo xx, Fez irá perdiendo importancia a favor de otros escenarios: Tánger para el movimiento nacionalista, y Casablanca, que será ahora la ciudad que se levantará más a menudo y donde la gravedad de los incidentes será más extrema. Otra de las constataciones es que las movilizaciones no se restringen ni mucho menos a las grandes ciudades, sino

que son muy importantes en ciudades de tamaño medio y pequeño (Beni Taydi, 2001; Tamassint, 2004; Al Hoceima, 2005; Bouarfa, 2006; Sefrou, 2007; Sidi Ifni, 2008; Beni Mellal, 2009; Sidi Bouafif, 2010; Gdeim Izik, 2010; Khouribga, 2011, etc.).

Los efectos de las fronteras coloniales también se traducen en conflictos diversos. Divisiones del país por el sur con el caso de Ifni y el Sahara. Por el norte con la antigua frontera del Protectorado, que otorgan al norte (*al-shamal*) particularidades y exclusiones de tipo político y lingüístico por parte del Estado central, que explota en la revuelta del Rif de 1958, y que se plasman también en divisiones políticas en el imaginario, donde el norte se presenta como «hijos de España» (*awlad Isbania*) en actos políticos pero también en escenarios deportivos. El propio relato nacionalista poscolonial hegemónico se centra en el nacionalismo surgido en la zona francesa, a pesar de que la influencia de figuras como la de Abdeslam Bennuna desde Tetuán fue notable en todo el país en los inicios del movimiento. Esta cuestión está todavía por investigar porque no conocemos todavía el alcance del impacto de estas fronteras coloniales a la hora de conformar las organizaciones políticas, sindicales y los movimientos sociales en la era poscolonial. Partimos de intuiciones y observaciones en el trabajo de campo en la Zona Norte, que es donde existiría entre algunos sectores esta reacción política e identitaria respecto al proyecto de la era independiente, elaborado desde la antigua zona francesa y centralizador.

Entre las categorías a repensar se encuentra la dicotomía urbano-rural, que es preciso discutir especialmente desde el último cuarto de siglo XX, cuando se produce lo que podríamos llamar una urbanización del mundo rural y una ruralización de las ciudades. El ejemplo de estas intersecciones muestra la dificultad de separar la lógica de las redes tribales o de linajes, que emergen en nuevos escenarios de poder y que no desaparecen con los procesos de modernización (Bonte *et al.*, 2001).

En el período colonial predominaba la población rural, y el peso de las estructuras tribales reinventadas por el majzén se hallaba en tensión creciente con las nuevas formas de penetración colonial y modernización (nuevos impuestos, nuevos sistemas de propiedad, nuevas explotaciones agrícolas y mineras, y la emergencia de migraciones masivas a la ciudad). El caso de Alhucemas es paradigmático, porque se trata, como Nador, de una ciudad creada a partir de un poblado. Etiquetada por los españoles como Villa Sanjurjo, Alhucemas y algunos núcleos colindantes de gran importancia como Imzoren, experimentan un proceso de urbanización, que también trasluce la difusión de formas de protesta urbana o semiurbana, con manifestaciones y protestas en las calles. Estas formas sustituyen a escenarios rurales de revuelta precedentes como el levantamiento de 1921 o la revuelta de 1958, mucho más dependientes por aquel entonces de los zocos rurales, verdaderas

ciudades por un día, que acogían grandes concentraciones humanas, relaciones sociopolíticas, y de hecho, fueron el altavoz de informaciones, rumores, reclutas y movilizaciones. Las arengas tienen lugar en tiempos de Abdelkrim, pero también se producen incidentes durante el proceso final de la lucha por la independencia. Con posterioridad se observa la estrecha relación entre localidades que dibujan mapas en red a los que se ajustan actores, procesos y estrategias. Los estudios sobre Nador en 1984 y Alhucemas en 2004 muestran la interrelación de los espacios rural y urbano/conurbano. Las «marchas de la rabia» que en 2005 realizan miles de personas a pie entre Tamasint y Ajdir, o hasta Alhucemas, a las que se refiere Aarab en su capítulo sobre el terremoto de 2004 ejemplifican el movimiento pendular de la periferia hacia el centro, y del centro hacia la periferia tanto sobre el espacio urbano como sobre el territorio de la provincia. Algunas de las revueltas expuestas en este trabajo indican que la interacción entre la población urbana y la rural era mucho más importante de lo que se podría pensar, por razones diversas (Casablanca en 1907, con el ataque de las tribus circundantes; Meknes en 1937, con los efectos de la partición del río para las poblaciones de la zona); o que las movilizaciones y las protestas no son patrimonio de la cultura urbana, como demuestran los casos de Imider analizados por Bogaert o el movimiento de las *Sulaliyat* en comunas periurbanas estudiado por Ramírez.

En otros casos, la presión demográfica y las desigualdades de clases inscritas en el espacio urbano son motivo de explosión y desencanto desde los arrabales o los barrios excluidos de la periferia de grandes ciudades como Casablanca, en las protestas de 1952 o de Meknes en 1956, receptores de las grandes migraciones del campo a la ciudad. La progresiva pauperización de determinados barrios periféricos o de muchas medinas antiguas, abandonadas por las élites andalusíes de Tetuán o Fez, se inició durante el Protectorado, y las crisis económicas cíclicas del período poscolonial extendieron el fenómeno de los barrios de chabolas no solo a las grandes ciudades sino también, como hemos ya mencionado, a ciudades medias y pequeñas (por ejemplo en Larache con «Guadalupe», barrio de chabolas que recibe el nombre de una serie mejicana, o en Asilah con «Mexique»).

Como explica Bogaert, en los 80 la clase media baja y pobre fue golpeada duramente por el colapso de los servicios públicos. El ajuste estructural no tuvo el mismo impacto repentino y drástico sobre la población rural, que espera menos del Estado [(Branch y Mampilly, 2015: 44), ver también (Walton y Seddon, 1994)]. Según Bogaert, hasta principios de la década de 2000 no se había producido una revuelta rural significativa desde la rebelión del Rif de 1958-1959 [(Bergh y Rossidoria, 2015); (Maddy-Weitzman, 2015)], afirmando que es ahora en las ciudades medias donde más crece el malestar y la movilización.

La cuestión del espacio se ha mostrado determinante en la dinámica de muchas de las revueltas recogidas en este volumen. Las movilizaciones tienen lugar en el espacio público y cada uno de estos espacios cuenta con sus propias gramáticas y simbologías en su desafío al orden establecido. El tipo de calle, la significación del barrio, los recorridos, todos ellos son aspectos que conforman la apropiación del espacio de un modo político (García, 2012), incluyendo las respuestas desde el poder. Tras las revueltas de 1984 en Tetuán, el gobierno desmantela los vestigios de la Plaza de España colonial y la sustituye por una gran plaza vacía, vetada al paso y que representa la extensión del palacio real en el centro de la medina. El espacio es también una representación de la pugna simbólica y política.

El recorrido de las manifestaciones redibuja un espacio simbólico y contribuye a otorgarle nuevas significaciones. Los espacios públicos son transformados en espacios de contestación política con su propio relato simbólico (Lopes de Souza y Lipietz, 2011: 621). A principios del siglo xx, la importancia de las mezquitas y zagüías es determinante a la hora de articular movilizaciones políticas, a favor o en contra del poder establecido. En el caso de las protestas del *latif* en 1930, este peso todavía es patente, sobre todo para hacer encajar el discurso nacionalista entre la población. Por todo ello, el sultán irá restringiendo el uso de las mezquitas como espacios de manifestaciones políticas. Las grandes concentraciones en torno a rituales religiosos, como los *mousssem* y peregrinaciones recibirán también la atención de las autoridades coloniales, quienes no casualmente frenarán durante los años 30 las expresiones extáticas en lugares como Meknes, donde tienen lugar los encuentros de la cofradía 'Isawiyya durante la fiesta del nacimiento del Profeta.

La manifestación nacionalista de Tetuán en 1948 tiene lugar en la medina antigua, aunque hay enfrentamientos con la policía en la convergencia con el ensanche español. Esta separación de espacios era aún más relevante en las ciudades de la zona francesa, donde las autoridades francesas diseñaron una clara frontera entre la población «europea» y la población «indígena». De manera que las manifestaciones en la zona moderna remiten a una ocupación temporal de un espacio asimilado simbólicamente con el colonialismo. Podría ser un complejo similar al mostrado por el film de Gillo Pontecorvo *La batalla de Argel* (1966), en el que observamos las salidas del movimiento clandestino del FLN desde la casbah hacia el centro administrativo, de ocio y negocio de la zona francesa de la ciudad para realizar sus acciones.

A pesar de los cambios, la independencia ha mantenido en cierto modo este tipo de estructuras espaciales que simbolizan la cara y la cruz de la acumulación de capital, y los centros de las ciudades mantienen todavía esa simbología del poder y una modernidad incompleta, que no está al alcance de todos los ciudadanos. Aunque en casos recien-

tes, como en el Hirak del Rif central, las protestas se mantienen también en los barrios periféricos, ya que las nuevas tecnologías permiten difundir las acciones sin necesidad de acudir a los centros como espacios más visibles del conflicto, y son las policías las que acuden a dichos barrios.

Pero además de calles y edificios religiosos, ganan importancia espacios seculares como fábricas, escuelas secundarias, universidades o áreas periféricas ya desde los años sesenta (estudiantes en Casablanca en 1965, en Nador en 1984, en Fez en 1990...). Los espacios militantes laicos de la Primavera Árabe (el M20F se reúne en las sedes de la AMDH o del PADS, o en las plazas que se convierten en la ágora) desean conquistar el espacio público y redefinirlo para ilustrar el nuevo orden que se reclama. El M20F realiza un ejercicio de este tipo (siguiendo el ejemplo egipcio) cuando en Tánger, según detalla Jiménez, una de las plazas de la comuna de Beni Makada es rebautizada Plaza de la Liberación (emulando el ejemplo egipcio de la plaza Tahrir), o en Tetuán, según relata Feliu, la Plaza Muley El Mehdi es rebautizada «Plaza del cambio-La Fuente», o la Plaza del cine Avenida, «Plaza de la Justicia».

Marco (*Frame*)

Toda movilización social comporta un proceso de toma de conciencia individual y colectiva sobre los intereses propios de las personas participantes. Mientras que las raíces de la contestación pueden ser profundas y difíciles de identificar, su marco conceptual (*frame*) tiene una funcionalidad movilizadora que lo hace mucho más evidente. Debe analizarse cuál es la capacidad, aglutinante y movilizadora, de generar esta conciencia de la condición de vida de las personas y de sus problemáticas. Esta capacidad se encuentra en relación inversa a la fuerza de las creencias y de las hegemonías ideológicas que imponen otros marcos conceptuales. Como hemos visto en la Introducción, en función de esta conciencia de las necesidades propias en términos de mejora de la condición de vida, la población conseguirá tener la iniciativa y movilizarse para conseguir objetivos definidos por ella misma, rompiendo los límites impuestos por las élites.

En muchos de los casos analizados la población marroquí adquiere conciencia de su situación, plantea los cambios que considera necesarios para mejorarla, además de lograr unirse para luchar por ellos en una acción colectiva. Para que un movimiento social consiga crear una movilización revolucionaria debe conseguir que la mayoría de la población vea al sistema como problema, y tome conciencia de que la mejora de su condición de vida depende de su capacidad de sustituirlo por otro.

Evidentemente, esto supone un esfuerzo enorme, pues no debe enfrentarse solamente a las élites del régimen de poder, sino también a los grupos reformistas. En su heterogeneidad, y siguiendo a Guerin en este volumen (Guerin, 2018), las motivaciones de los manifestantes son diversas, pero expresan un sentido coherente de pertenencia a una causa unificada, incluso si cada entendimiento de esa causa es ligeramente diferente.

En el período precolonial, la dimensión religiosa como canalizadora de valores y de transmisión y otorgación de significados fue muy importante. Esta dimensión fue movilizadora de forma diferenciada y en competición por los líderes de un Estado jerifiano con genealogía privilegiada con el profeta, frente a *chorfas*, ulemas, y otros líderes religiosos de diferente signo que tenían dificultades para igualar el prestigio sultánico. Según Burke III: «En cada desarrollo importante [de las revueltas] durante el período bajo estudio [1860-1912] encontramos que la actitud de los ulema jugó un papel importante, a menudo determinante, en el resultado» (Burke, 1976: 217). El término *yihad* en sus diferentes variantes (ya sea como un programa de lucha contra la injusticia y la corrupción, o de enfrentamiento contra el expansionismo europeo cristiano) sirvió para enmarcar y conectar participantes bajo un denominador común.

Los medios de comunicación de masas son actores fundamentales en el proceso de creación del *frame*. Ya en el estudio de Bazzaz sobre la revuelta de Fez en 1907 aparece como central el entusiasmo de la hermandad por la imprenta, que ayudó a generar un apoyo nacional hacia la agenda de la Kattaniyya y puso en marcha la red de *zawiyas* Kattaniyya en todo el territorio marroquí (Bazzaz, 2018). En los capítulos de Clement o Yechouti contemplamos el papel de la prensa en la metrópoli, tanto para construir la imagen de los sublevados en Casablanca, como para criticar el envío de nuevos refuerzos a Melilla y Marruecos desde España. O en el estudio de Moreau la prensa española presenta al emir Abdelmalek como un colaborador leal. En el período de la lucha por la independencia las campañas de prensa en el extranjero facilitaron el desarrollo del propio movimiento nacionalista, tal y como analiza Mateo-Dieste con respecto a la difusión de informaciones sobre la represión francesa en la prensa árabe internacional, exhortándose a enviar telegramas de protesta a las embajadas de Francia y a la Sociedad de Naciones. Martín Corrales recoge las noticias de la prensa ácrata y libertaria española. Son casos diversos en los que la prensa es también parte de una pugna por la construcción de significado. Guerin nos narra que durante más de un año, el partido *Hizb al-watani* (el Partido Nacional) con sede en Fez había llevado a cabo una campaña de prensa centrada en la cuestión de varios asentamientos como pretexto para atacar a las autoridades del protectorado. Las acciones de 2011 en Imider son

recogidas por la prensa internacional, mientras que son ignoradas por la nacional.

La prensa contribuye a difundir relatos, y lo mismo puede decirse de los medios de comunicación más modernos: radio, televisión convencional, la televisión por cable (fundamental Al-Yazeera en las revueltas de 2011). Las élites que controlan los medios de comunicación tienen intereses propios que pueden o no coincidir con los del régimen. En todo caso, la lucha por controlar la crónica es fundamental.

Ya se ha hecho referencia al papel de las redes sociales que se convierten en canales privilegiados de difusión de información, de nuevo con una responsabilidad sobre la construcción del marco, y también de creación de redes.

En el análisis de la movilización social es importante distinguir los procesos de toma de conciencia de la propia condición de vida, de los procesos de aceptación o creencia en ideologías religiosas o políticas. Los primeros surgen de la capacidad de reflexionar individual o colectivamente sobre los propios intereses (materiales, culturales, identitarios, de género, y derechos y libertades). Los segundos se reciben como adoctrinamiento y se basan en presupuestos que se aceptan como válidos. Las movilizaciones generadas por unos y otros son distintas: las primeras empoderan a los movimientos sociales y a las personas movilizadas; las segundas dan poder a las élites capaces de convocarlas. No obstante, en la mayoría de las movilizaciones se dan dinámicas que beben de los dos procesos, y en las proclamas ideológicas (religiosas y políticas) podemos encontrar parte del discurso que responde a las necesidades de las personas, y parte de discurso que sirve para movilizar a la gente con el objetivo de acumular poder en manos de las élites. Cuanto más se aleja el discurso de las necesidades reales, más fuerte tiene que ser la creencia, la fe en el dogma. Así, algunas de las revueltas son definidas por la noción de «ideología» (ahora en el sentido de Karl Mannheim), que autores como Hassan Rachik utilizan en el análisis de la retórica islamista (Rachik, 2009), convertida en ideología política por los propios actores a partir de los años 80, enlazando con marcos conceptuales que conectan con las necesidades propias de la población.

Las movilizaciones no directamente vinculadas a partidos o a sindicatos son también expresión de ideas políticas ya que inevitablemente se relacionan con el poder y en base a la capacidad de enfrentarse al poder. Aunque las más de las veces estas ideas están poco articuladas en el sentido de un discurso pautado, canonizado de acuerdo con programas de actuación o idearios de los héroes fundacionales. En muchas ocasiones son producto de los procesos de toma de conciencia de problemáticas propias, que no tienen por qué estar estructurados y ni tan siquiera tienen porque ser coherentes, hasta el punto de que pueden presentarse demandas contradictorias. Sin ánimo de etiquetar estas ex-

presiones como de «rebeldes primitivos», como escribiera Hobsbawm (Hobsbawm, 1974), bien podemos afirmar que muchos de los participantes no comparten ideologías en el sentido clásico, pero sí marcos conceptuales (*frame*) en el sentido práctico de la indignación y la injusticia, porque está inscrita en sus cuerpos, como depositarios de las diferencias sociales. Por esta razón, no siempre coinciden las conexiones entre las ideologías de las organizaciones políticas o sindicales, de manera que los participantes en las movilizaciones se mueven por lógicas prácticas no conformadas necesariamente por agendas del sistema político o las negociaciones formales con el poder. En este sentido cabe apuntar como hipótesis el crecimiento de iniciativas que se desmarcan de las organizaciones acechadas por las tentaciones del clientelismo, especialmente desde 2011.

Si bien no suele considerarse a la organización formal como un requisito necesario o suficiente para crear el sentido de compromiso y energía necesarios para que ocurra una acción colectiva arriesgada, en cambio la formación de identidades de protesta parece ser crítica (Goldstone, 2001: 153-154). Las identidades sociales tienen un carácter colectivo, pero también es cierto que en estos procesos se articula un doble mecanismo, entre las autoidentificaciones internas al grupo y las identificaciones externas. El M20F es un buen ejemplo de ello, ya que como ilustra Jiménez en su estudio sobre Tánger en 2011, el movimiento surge desde iniciativas críticas que se identifican en torno a un espíritu común pero no vinculadas a organizaciones formales, al mismo tiempo que los promotores deben lidiar con etiquetas externas, nacionales o internacionales, que intentan definir el movimiento y sus características.

Las identidades no son fijas sino circunstanciales y múltiples, y en función del contexto histórico emergen unas u otras (Brubaker y Cooper, 2000). Identidad nacional, como motor político contra el colonialismo en los años 30; identidad de clase frente a nuevos conflictos laborales; identidad étnica amazig como respuesta a la arabización del Estado-nación independiente a partir de los años 80; identidad de género en las movilizaciones por la reforma de la *Mudawwana*, que ya arrancan en los 90; identidades de pertenencia a un grupo específico, como las movilizaciones de diplomados en paro, etc. La cuestión es si en determinados momentos se entrecruzan estas identidades y cómo interfieren entre sí para incentivar o bien coartar una movilización. ¿De qué modo, por ejemplo, la pertenencia «nacional» podía impedir la coincidencia de intereses entre los obreros marroquíes y españoles en Tetuán en los años 1930, tal y como estudia Martín Corrales en este libro? ¿Cómo se silencian las desigualdades de género bajo otras reclamaciones por ejemplo en las revueltas de 1990? ¿De qué modo las variadas nociones de género se reflejan en los proyectos de movilización,

como se aprecia en las dos manifestaciones sobre la *Mudawwana* en marzo de 2000 en Rabat y Casablanca que movilizan la identidad islámica bajo sus diferentes formas?

El debate sobre lo consciente y lo inconsciente en la acción social no puede ser obviado porque puede estar presente en la mayoría de situaciones. ¿Son estos mecanismos de revuelta conscientes o inconscientes? Dicho de otra manera: ¿los motivos expresados por los protagonistas se corresponden con los factores que les condujeron a implementar dicha acción, o existe otra gramática oculta, «inconsciente», u ocultada? En el caso del *latif*, los narradores del evento buscan los agentes «adecuados»; la designación de la autoría de quién propuso por primera vez el *latif* no está exenta de intereses políticos. Puede ser una selección, consciente o inconsciente de la propia memoria (Brown, 1976).

Mecanismos rituales también han conducido a generar la esperanza en una inversión del orden establecido, con la llegada de un nuevo tiempo, de un enviado, de una figura carismática; y esta pauta se repitió en numerosas situaciones coloniales. Aparecen lógicas estructurales muy parecidas a otros movimientos políticos y religiosos basados en la inversión del orden social, y hasta del tiempo, propios de los milenarismos, y que hallamos desde la emergencia del enviado o *mehdi* con Bu Hmara (1908) o incluso durante la revuelta de Abdelkrim en algunas zonas en 1921, con la llegada de la «nueva hora» a manos de algún líder cofrático (Mateo Dieste, 2016), hasta los rumores atribuidos en 2005 al líder de *Al Adl wal Ihsan*, Abdeslam Yassine, de pronosticar un «nuevo tiempo», en la línea de otras tendencias milenaristas contestatarias (Filiu, 2008).

Para finalizar este apartado deseamos referirnos al recelo de las ciencias sociales a tratar las emociones colectivas, confinadas en el campo de la psicología, o catalogadas como coto de la irracionalidad. Los aparatos teóricos en este terreno nos permiten hablar del peso ineludible de estos factores, de difícil medición, como componentes de procesos sociales: la fidelidad, el miedo, la ira, el fervor, la indignación, que afloran junto a las justificaciones políticas racionalizadas en discursos y propuestas. Se trata de las emociones generadas por la revuelta (el fervor colectivo al que apelaba Durkheim). ¿Cómo abordar las violencias expresadas en múltiples formas, físicas y simbólicas, y experimentadas por los cuerpos, los pensamientos? ¿Y las emociones desatadas por las acciones colectivas desafiantes? ¿Cuáles son las ansiedades, tal y como las define Stoler en su trabajo sobre los funcionarios coloniales (Stoler, 2010), experimentadas por aquellos que detentan los instrumentos formales de violencia y poder, con sus obsesiones por restablecer el llamado «orden social» y controlar a las poblaciones? El estudio de las emociones debe ir más allá de la mera contraposición entre razón y sinrazón, y centrarse en el papel de las motivaciones y formas de sentir la acción

social por parte de los actores. La antropología e historia reciente de las emociones nos hablan de cómo las sociedades gestionan esos regímenes emocionales, en un campo todavía por explorar sobre estos elementos humanos que acompañan a las estrategias sociales (Tausiet y Amelang, 2009). Desde la necesidad de apartarse de modelos descartianos (que apelan a la acción racional pura), o de análisis moralizantes (que tildan las revueltas de irracionales), debemos distinguir la acción inconsciente de la acción irracional, y evitar lecturas que asocian la incorporación de las emociones con la primitivización de las protestas populares.

Eslóganes, consignas y el imaginario revolucionario

El lenguaje de las revueltas se ha transformado. Lo que escuchamos en el siglo XX en las ciudades rebeldes difiere de lo pronunciado hoy. Las consignas nacionalistas o las reivindicaciones políticas o económicas que exigen derechos que no se habían ejercido con anterioridad, remodelan discursos y marcos en la cultura dominante y, por lo tanto, receptividad a los reclamos (Whittier, 2004). ¿Estos eslóganes muestran necesidades humanas diferentes? A lo largo de este periplo por las revueltas, hemos observado todo tipo de eslóganes: proclamas nacionalistas (autonomía y recuperación de los valores marroquíes); recuperación de los valores islámicos propios frente a los exógenos (demanda cultural islámica); o demandas de ciudadanía plena para el reconocimiento de los derechos políticos individuales (con el M20F).

Si nos fijamos en el trabajo de Martín Corrales, la importancia de los lenguajes es central. Así, desde la retórica obrera y de izquierdas se hallan dificultades para ampliar la solidaridad entre europeos y marroquíes en diversos momentos; ¿hasta qué punto el discurso de clase franquea las fronteras coloniales? ¿Cómo es adoptado el discurso de democracia, de justicia? Los debates abundan sobre su supuesto «origen» o carácter «occidental», y cómo casa esto con las contradicciones del apoyo de las élites europeas a las élites locales en asuntos económicos, restringiendo la noción de democracia al mercado pero no a los derechos sociales o incluso a los derechos humanos. Este ejemplo nos remite al debate sobre la producción de ideas y su difusión.

Tal y como hemos apuntado, las identificaciones colectivas emergen en torno a simbologías y lenguajes. Así, en la época colonial, la noción de *watan* (patria, nación) como elemento central o *istiqlal* (independencia); el uso de la retórica religiosa (*latif*, *mehdi*-enviado) o en la manifestación de 2000 en Casablanca, según nos explican Pérez Beltrán y Macías Amoretti, con un hadiz en el eslogan de cabecera «Las mujeres son las hermanas de los hombres», y señalan también las ausencias, que

pueden ser elocuentes: las palabras «Plan», «Marruecos», «Nación»; el uso de la retórica de clase (obreros, proletarios); apelaciones a los derechos (*huquq*) o a la libertad (*hurria*). Los eslóganes suelen ser pactados, negociados, recogen proclamas compartidas. Pero también como nos explica Feliu en el caso de Tetuán, aparecen muchos otros, más o menos espontáneos, expresados en trozos de cartón escritos a mano, o en lemas coreados que actúan de rendijas a través de las cuales se expresan otras preocupaciones de la población no enmarcadas en las consignas generales.

Y en las manifestaciones y movilizaciones estos mensajes resumen desafíos al poder. El objeto de las iras irá cambiando desde los colonizadores y los extranjeros, a las familias privilegiadas, los corruptos, el FMI, las empresas de electricidad o hasta el propio rey. En la revuelta de 1965, los excluidos del nuevo proletariado urbano de Casablanca se suman a la protesta de estudiantes sin oportunidades, y en sus lemas desatan su descontento frente a la deriva del nuevo régimen independiente: «los tomates, con sal, y Hasán al matadero» (*maticha wal malha wal Hassan khassou dhabha*) (Monjib, 2011). Hasta los cánticos tienen su valor e historia, como polos de atracción de identidad y comunidad (Ayats, 2005), ya que muchos de ellos devienen lazo de unión junto a otros dispositivos simbólicos como la ropa y el cuerpo.

El recuerdo del pasado desde el presente se revela como un proceso en movimiento de las memorias de otras revueltas o represiones. Mitos fundacionales para determinados movimientos (nacionalista, obrero, islamista, feminista), revueltas evocadas, reconstruidas, idealizadas o alternadas, o simplemente borradas de la historia por las instituciones que controlan la historia oficial.

Las memorias de la revuelta son también narrativas que excluyen a unos actores y ensalzan a otros. Es preciso encontrar referentes y genealogías. En el M20F en Tetuán se rememora las revueltas del 84 en la ciudad. Amezian, Abdelkrim devienen figuras significativas para el movimiento amazig desde su desarrollo en los años 1990 y cobran nuevos significados, distintos a los de la época de sus protagonistas. Durante las revueltas más recientes del Rif, posteriores a la emergencia del movimiento amazig de los años 1990, se producen reinterpretaciones y rescates de la figura de Abdelkrim al-Jattabi, que se enarbola como estandarte en la mayoría de manifestaciones de protesta.

En otros contextos estas figuras pueden ser convertidas en héroes nacionales por el Estado, incluyéndolos en textos escolares, para contraponer precisamente la tentación de reclamaciones políticas como las expuestas por el movimiento amazig, con lo cual asistimos también a una pugna por el recuerdo de esas figuras anticoloniales, por su inclusión, exclusión o resignificación. Y ello tiene mucho que ver con las representaciones iconográficas de los líderes y de su memoria (Ma-

yeur-Jaouen, 2002). La *muqawwama*, la resistencia, todavía ocupa un lugar central en la memoria del Protectorado, ocultando las colaboraciones.

Desvelar represiones es también un acto de justicia, y en los últimos años asistimos a la producción de libros y materiales audiovisuales creados por marroquíes que rememoran las represiones, tanto del Estado colonial como del Estado independiente. En algunas de ellas se han entrecruzado de modo dramático hechos del pasado, que no permiten dar luz a los hechos precisos, pero que sí muestran la paradójica continuidad de la represión. Es el caso del documental *Arrash* (Veneno, 2008), que reivindica el sufrimiento experimentado por la población rifeña durante los bombardeos del ejército español sobre población civil; pero la memoria de los ataques químicos se ha entrelazado con la memoria de los ataques químicos que el majzén independiente lanzó sobre las mismas zonas del Rif en 1958, tal y como muestra otro documental (*Romper el Silencio*, 2014). Resulta complicado determinar la época que desencadena un mayor número de víctimas, pero se documenta el dolor por unos hechos doblemente reprimidos, en la época en la que tuvieron lugar y en la posterior represión moral para su olvido y silencio.

Composición, redes y alianzas

El proceso de toma de conciencia individual y colectiva sobre los intereses propios en términos de mejora de la condición de vida, para que una movilización tenga éxito, debe ser simultáneo al de creación de redes. Estas relaciones de alianza se establecen con otras capas sociales y organizaciones, pero también con algunas élites que pueden beneficiarse de la actividad del movimiento social porque debilita a élites competidoras. La literatura considera que cuando las clases medias participan en la movilización acostumbra a ser un signo de que está empujando una ola de protestas amplia. En todo caso, la movilización de las capas medias acostumbra a tener un gran efecto de difusión y legitimación de las protestas, por su imagen de respetabilidad.

El papel de los medios de comunicación es muy importante en el proceso de creación de redes. Los medios de comunicación de masas son actores fundamentales, y recientemente se les suman las redes sociales, con unas dinámicas muy distintas a los medios de masas controlados por élites. Como es conocido, en las movilizaciones del nuevo siglo las redes sociales y los canales de televisión árabes, han sido herramientas esenciales para el activismo y la movilización. Tudoroiu entiende que:

Las redes sociales sirvieron como una herramienta táctica de movilización, comunicación y coordinación; como un instrumento de contagio revolucionario nacional e internacional; y, críticamente, como un medio para mejorar la conciencia panárabe que, a su vez, era un suelo fértil para ese contagio (Tudoroiu, 2014: 346).

Las redes sociales ayudan a expandir la movilización, dentro de una lógica de la inmediatez, pero no se deben magnificar pues es posible que a estas se superpongan otros ámbitos y mecanismos (ver por ejemplo la importancia relativa de estas redes en el estudio realizado por Feliu sobre Tetuán en 2011).⁴

No es posible explicar las revueltas desde un punto de vista de lucha entre bloques homogéneos en los que no se contemplan las contradicciones, los cambios de estrategias y las acomodaciones que acompañan también a las resistencias. Las personas toman decisiones que las alejan o confirman en las estructuras de poder, escogen posicionarse en redes de alianzas complejas y variantes. Por ejemplo, entre la colaboración y la resistencia existen notables ambivalencias y posturas que podemos definir como camaleónicas, y que se dieron tanto en la época colonial como en la poscolonial (Mateo Dieste, 2003).⁵ Este dualismo aparente contrasta con la resolución pragmática de conflictos por medio de cooptaciones, clientelismos que permiten camaleonismos políticos diversos. Primero con el Estado colonial, después con el majzén. La administración central en ambos casos coopta, ofrece cargos, atrae, impone, y desmantela protestas y revueltas inicialmente exitosas.

Si hacemos referencia a la composición de las movilizaciones resulta fundamental preguntarse si las mujeres participan en estas. Los contrapoderes de las mujeres han sido estudiados en múltiples esferas, formales e informales, pero a lo largo de este volumen hemos podido constatar su presencia y participación, a pesar de la influencia de importantes factores de segregación de espacios y de control de liderazgos por parte de hombres en las diversas movilizaciones observadas. La masculinidad constituye un recurso imprescindible para alcanzar liderazgo y poder.

Durante la época de las resistencias armadas las mujeres están presentes. Como muestra Joseph en la guerra del Rif en los años 20, el apoyo en la retaguardia, su papel como transmisoras de información o transporte de armas son básicos, además de su participación en la esfera productiva y reproductiva (Joseph, 1980). Las mujeres llenan también las mezquitas durante el rezo del *latif* en 1930. En otros casos, como en la revuelta de Meknes de 1937, las mujeres estuvieron presentes e hicieron oír su voz en la manifestación, si bien como sugiere Guerin en este volumen, el hecho de que no hubiese mujeres asesinadas (o arrestadas) sugiere que fueron evacuadas antes de los choques violentos. Martín

Corrales por su parte recoge una gran manifestación de mujeres marroquíes del poblado de San Juan de las Minas en 1931 para protestar contra los capataces europeos que explotan a los obreros.

En el movimiento nacionalista, las mujeres no aparecen de modo visible en el relato usual sobre los primeros momentos de su nacimiento en los años 30, pero sí son incluidas a partir de los años 40, concretamente aquellas mujeres surgidas de la burguesía culta y las familias nacionalistas (Baker, 1998). Se trata de un relato centrado en las élites que tiene como hito reiterado por la historiografía oficial el discurso de la hija de Mohamed V, Lalla Aicha, en Tánger en 1947. Malika El Fassi, única mujer firmante del Manifiesto de la Independencia de 1944, o Fatima-Zahra Bent Moulay Hassan Belghiti, militante-mártir de la manifestación de Mechuar en Marrakech de 1953 son otros nombres normalmente citados. Sin duda las mujeres ejercieron un papel fundamental en la lucha por la independencia desde diferentes posiciones y funciones. Tenemos conocimientos de mujeres pertenecientes a medios populares que participaron en la resistencia armada gracias a algunas recopilaciones de historia oral: Fatna Mansar, Saadia Buhaddu de Casablanca; Ghalia Mujahid, Aicha y Mina Senhaji de Rabat; o Zohra Torricchi y Rabiaa Taibi de Oujda (Baker, 1998). El Alto Comisionado de la Resistencia incluye 300 mujeres que participaron en la Resistencia, frente a 30.000 hombres.

Con posterioridad, en los diferentes movimientos políticos y sindicatos se fueron creando secciones femeninas específicas, de los que surgirán posteriormente diferentes asociaciones feministas [(Aixelà Cabré, 2000: 240-250); (Feliu, 2004)]. Ya en otro contexto, en la revuelta de 1958 en el Rif, Aziza explica cómo las mujeres de los sublevados cantaban canciones de guerra que transmitían contenidos con sentido y animaban a la acción. En 1990, Camps recoge la historia de la vendedora de tabaco por unidades que se erigió en negociadora entre el barrio de Bab Fetouh de Fez y las fuerzas del orden, lo que permitió liberar a más de veinte detenidos.

En otros casos las mujeres aparecen como víctimas de una violencia dirigida, como en el conflicto de 1907 en Casablanca, cuando algunas mujeres de la ciudad, musulmanas y judías, son vendidas como esclavas por los atacantes; o bien en las listas de víctimas mortales, heridas o detenidas en el marco de la represión gubernamental.

La situación de la mujer se convierte en la segunda mitad del siglo xx en una temática recurrente en muchas movilizaciones (de hecho, el discurso colonial hace ya un uso interesado de la temática como instrumento de verificación de la superioridad civilizadora). Lo encontramos en otro marco en las manifestaciones estudiantiles de los años sesenta y setenta, donde chicas y chicos de institutos y universidades ocupan las calles. También el movimiento de familias de prisioneros

políticos, integrado mayoritariamente por mujeres (madres, hermanas, parejas), ocupa el espacio público con sentadas frente a ministerios, y pequeñas manifestaciones en los centros de las ciudades.

Es sobre todo en los años ochenta cuando el estatuto de la mujer se convierte en temática central en la agenda política, enmarcada en la lucha por unos derechos (igualdad y no discriminación), pero también como pugna política en la que diferentes formaciones políticas exponen sus ideas sobre la gestión del cuerpo de la mujer según sus cálculos estratégicos. En los años 80-90 tienen lugar los primeros debates sobre la *Mudawwana*, en el contexto del desarrollo de las grandes organizaciones islamistas, como Justicia y Espiritualidad (*Al Adl wal Ihsan*). Una de las paradojas en los debates sobre esta cuestión es el llamamiento desde el islam político a la participación de las mujeres en la esfera pública, especialmente en manifestaciones, dentro de la estrategia de lo que Abdeslam Yasín denomina la «islamización de la modernidad» (Yassine, 2000). Esta estrategia quedó clara en la segregación de espacios y las formas del vestido, tal y como se apreció en la gran manifestación de 2000 de Casablanca contra la reforma de la *Mudawwana*, como analizan Pérez y Macías. En ella se designaron liderazgos separados y coordinados para hombres y para mujeres, potenciando la visibilidad de figuras como Bassima al-Haqqawi, líder de la Organización de la Renovación de la Conciencia Femenina, vinculada al PJD, que se situó como cabeza visible, junto a otras mujeres importantes del MUR y del PJD como Fatima Nayar o Jadya Mufid; además de Nadia Yasín, representante del sector femenino de Justicia y Espiritualidad.

Las protestas articuladas preeminentemente por mujeres continúan produciéndose en la era neoliberal. En el caso de las *sulaliyate* estudiado por Ramírez se aprecia no solo el poder de movilización sino de transformación en la consciencia sobre su papel en el sistema de relaciones de parentesco y propiedad. Esta dinámica se aprecia en las movilizaciones que se extienden por todo el país desde 2011, y la presencia de jóvenes activistas es notable, hasta culminar en la emergencia de algunas líderes carismáticas, como la cantante Silya Ziani, detenida durante las protestas del Hirak en verano de 2017. A pesar de todo, la presencia en movilizaciones sociales parece ser inferior a la masculina, en una calle que todavía no ha sido conquistada en igualdad de condiciones. En el análisis visual realizado por Feliu de los vídeos de la jornada del 20F de 2011 en Tetuán, menos de una cuarta parte de los manifestantes son mujeres, y 3 de los 11 detenidos ese día son mujeres.

El factor generacional es muy relevante en la movilización social. El primer movimiento nacionalista surge entre jóvenes estudiantes de clases urbanas que, en parte, se enfrentan al inmovilismo de generaciones precedentes. Posteriormente y como ocurre en todo el mundo, en mu-

chas de las revueltas encontraremos a los (y en ocasiones las) jóvenes como protagonistas. El factor juventud está también directamente vinculado a las inoperancias del sistema social para integrar a los excluidos, en barrios marginales y procedentes de clases bajas emergentes, procedentes de las grandes migraciones del campo a la ciudad. A este crecimiento no será ajena tampoco la emergencia de nuevas categorías sociales como «juventud» que tendrán mucho que ver con el crecimiento demográfico y la construcción de nuevas instituciones de educación y trabajo. Precisamente una de las movilizaciones que generaron más represión estatal, con cientos de muertos, fue la de Casablanca en 1965; la revuelta había empezado con las protestas de estudiantes contra una circular del Ministerio de Educación que limitaba la edad de acceso a estudios de secundaria. Seguramente el movimiento social más representativo del «error en el sistema» es la de los licenciados en paro organizados en la Asociación Nacional de Diplomados en Paro de Marruecos (ANDCM).

Este ejemplo nos permite recordar que los grupos y etiquetas de edad son también construcciones cambiantes y que la categoría de «joven», ya presente a principios de siglo con los «jóvenes turcos» (influencia del reformismo durante la I Guerra Mundial) adquiere nuevas dimensiones durante el último cuarto de siglo. Tanto en las revueltas de la década de los 80-90 como en la Primavera Árabe, los jóvenes estudiantes y desempleados jugarán un papel central, como expresión de aquella tensión remarcada por Bennani-Chraïbi en su investigación sobre los jóvenes de Marruecos, entre «sumisos y rebeldes» (Bennani-Chraïbi, 1995).

En otros casos, la participación en las protestas incluye incluso a niños, como los disturbios de 1952 en Casablanca en la barriada de *Ca-rrières Centrales*, donde hay constancia del papel de los llamados *yaoulid* (Rotalier, 2002). Bogaert y Feliu apuntan también la presencia de niños y niñas en las manifestaciones de 2011.

El repertorio de acción

La comparación entre los diferentes casos expuestos permite observar las transformaciones y continuidades no solo en los discursos que justifican y explican las protestas y los conflictos, sino también en los modos de hacer y actuar de los colectivos implicados. Históricamente los repertorios de la protesta han evolucionado por distintas razones vinculadas con: a) los valores (por ejemplo sobre el uso de la violencia tanto por el movimiento como por las élites amenazadas); b) a la estructura de los procesos de acumulación de poder (por ejemplo, con el paso de la sociedad feudal al capitalismo); y c) la forma del régimen.

Los repertorios suelen estar muy vinculados a las prácticas cotidianas y a su ritmo (repertorios como subproducto de estas prácticas). Al mismo tiempo las autoridades también sabrán más fácilmente cómo responder. Se producen patrones estables de interacción. Modos de pensar y modos de presentarse, de vestir y de hacer, porque las revueltas están acompañadas por todo un lenguaje no verbal, como se observa en el análisis iconográfico de este proyecto: el porte de velos y barbas, turbuches, gorros nacionalistas, estéticas raperas y múltiples elementos simbólicos que se van transformando a lo largo del siglo xx. En cada época es preciso decodificar estos mensajes explícitos e implícitos, de pancartas, cánticos, lemas, vestidos y disposiciones en el espacio.

Los patrones de interacción son diferentes según objetivos y/o las élites a las que se enfrentan (desafío a las élites económicas o políticas) y su estructura de poder (posibilidad de negociación en el caso marroquí, aunque subvirtiendo los objetivos), también según el alcance (local, regional, nacional, transnacional, etc.).

La huelga general se muestra como un instrumento muy valioso. Las huelgas tienen lugar tanto en el escenario colonial como en el poscolonial. Durante el protectorado las huelgas tuvieron diversas naturalezas. Las huelgas nacionalistas tienen un claro cariz político que se suma a otros tipos de boicot, como se aprecia en las huelgas de los años 30 posteriores al dahir bereber, y que se repiten en otros escenarios, como muestra Velasco en la convocatoria de huelga general durante varios días de febrero, que desemboca en los incidentes de Tetuán de 1948. Los desencadenantes de estas huelgas no eran siempre estrictamente locales, como vemos con Aziza en la revuelta rifeña de 1958, que recibe la solidaridad de una huelga general también en Tetuán en octubre de aquel año. En contraste, las huelgas analizadas por Martín Corrales indican la difusión de otros idearios bien distintos cercanos a la izquierda y a los movimientos libertarios, con las huelgas obreras de Tetuán o las minas del Rif en 1931, con la unión de españoles y marroquíes en determinadas movilizaciones, como la huelga de chóferes de Tetuán justo antes del estallido de la Guerra Civil.

En el período poscolonial, estas causas económicas, nunca desligadas de una dimensión política, desencadenaron nuevas movilizaciones, como las indicadas por Suárez Collado a principios de los 80 en el Rif oriental, que formaban parte de huelgas generales convocadas en todo el país, como en 1984. Las huelgas tienen efectos desiguales según los contextos, pero también según la represión desplegada por el majzén, como en la huelga de Fez de 1990 detallada por Camps Febrer, que no triunfa a nivel nacional, mostrando la pérdida de influencia de los sindicatos como actores movilizados y de impulso del cambio.

En las ciudades, herencia de viejas y nuevas desigualdades, con sus antiguos barrios europeos, sus nuevas medinas, sus barrios marginales,

la protesta tomará nuevas formas, ya sea la huelga de los trabajadores asalariados, los desfiles de estudiantes o el boicot económico, que en parte constituyen la expresión de nuevas movilizaciones, y en parte también repiten pautas que ya se dieron en el período colonial, con el boicot a determinados productos, desde la distinción entre *rumi* («europeo») y *beldi* («del país»). En ocasiones se entrecruzan las formas de acción, como observamos en las protestas del Rif posteriores al terremoto de 2004, cuando se producen «marchas de la rabia» entre pueblos, huelgas y manifestaciones, según nos explica Aarab. Y además de las huelgas más colectivas, hallamos igualmente huelgas de hambre en las cárceles, como la de Wafae Charaf en Tánger tras ser detenida por sus acciones en torno al 20-F, como recuerda Jiménez.

El recurso a la violencia por parte de los actores de las protestas también ha sido variado. Desde la resistencia armada abierta en la época colonial, organizada en torno a formas de organización más tradicionales, como las harkas y las agrupaciones intertribales lideradas por jefes, como Mizian en 1909, o combinaciones híbridas con sistemas nuevos, entre tribu y Estado, como la República del Rif constituida por Abdelkrim, que llegó a constituir un ministerio del ejército.

En pocas ocasiones posteriores hallaremos un acceso a las armas por parte de algún movimiento de protesta, debido al monopolio de la fuerza del Estado, con la excepción del período de la Guerra Civil, cuando los republicanos fracasaron en sus intentos de proporcionar armas desde Tánger a algunas cabilas de la región occidental, o en los frustrados levantamientos de miembros de la cofradía Darqawiyya, que también habían introducido armas desde aquella misma ciudad. Precisamente en 1958, en un momento de transición política, es cuando tiene lugar la revuelta rifeña, inicialmente pacífica, y que fue acumulando armas a partir del mes de octubre, como señala Aziza, circunstancia que fue duramente reprimida por las Fuerzas Armadas Reales.

La desigualdad de fuerzas resulta dramática en muchos casos de enfrentamiento, como en el caso de Tánger de 1952, cuando la policía responde con armas de fuego al lanzamiento de piedras y al pillaje de tiendas en la calle Semmarin.

En la época postcolonial la represión del Estado es patente en muchas de las movilizaciones, y son frecuentes las provocaciones de las fuerzas del orden para desatar reacciones violentas de manifestantes con el fin de justificar la represión sobre aquéllos, como describe Camps Febrer en los eventos de Fez de 1990 y también en anteriores y posteriores protestas contra el régimen.

Contrarrevolución y fin de las protestas

El régimen gobernante hace frente a las movilizaciones sociales con diferentes estrategias que están en relación directa con el régimen de poder al que se ha hecho referencia en el capítulo 1. Con el paso de un régimen de poder de élites y recursos diversificados a uno de élites concentradas y recursos diversificados, la capacidad de control ideológico e informativo de las élites sobre la población ha ido en aumento al poseer más recursos y una mayor concentración del poder. Como decíamos, uno de los rasgos distintivos de este tipo de régimen es que sus élites políticas tienen una gran capacidad para reprimir y lo hacen si se ven amenazadas. Pero también tienen un gran margen de maniobra, pues pueden hacer concesiones en el control de algún recurso al tiempo que mantienen el control sobre el resto de recursos. Esto les permite no perder su posición primaria. Las respuestas de estos regímenes a la movilización social acostumbran a moverse entre la represión, la cooptación de algunos dirigentes opositores, y concesiones parciales que no afecten a su posición primaria en el núcleo del régimen de poder. Seguramente el caso más destacado de este modelo en el mundo árabe es el de Marruecos en la actualidad [(Parejo, 2010); (Parejo y Felíu, 2013)]. El Estado cuenta con muchos mecanismos para relacionarse con la movilización, desde la represión más dura, la compra de voluntades y la cooptación, concesiones parciales o mecanismos como el uso simbólico de la legitimidad real, como en el Atlas Alto y Medio en 2003, donde, además de otros medios, el rey intenta recomponer su influencia a través de visitas y actos que tienen más de representación teatral que de políticas reales destinadas al desarrollo y a dar respuestas a las necesidades de la región (Goeury, 2015).

Sin embargo, como hemos visto a lo largo del libro, tanto el régimen de poder como las movilizaciones han ido evolucionando. Del mismo modo lo han hecho las respuestas a ellas. Los mecanismos de cooptación se han adaptado a las formas políticas modernas. Como analizábamos en otro artículo, la respuesta del régimen marroquí a la movilización social del M20F se movió entre la represión, la cooptación de algunos dirigentes opositores, y concesiones parciales que no afectaban a su posición primaria en el núcleo del régimen de poder (Felíu e Izquierdo Brichs, 2016). En estos casos a los movimientos sociales les es muy difícil mantener la movilización, pues aunque pueden conseguir victorias parciales, estas solo servirán para desactivar a parte de las personas que participan en la movilización, lo que unido a la represión se convierte en un fuerte obstáculo para el movimiento. Además, la negociación de estas pequeñas concesiones acostumbra a dividir al movimiento social y a ser una palanca para la cooptación de algunos dirigentes, lo que debilita todavía más la movilización.

La represión, no obstante, ha sido una de las respuestas más habituales a las movilizaciones. Puede tomar distintas formas, como la cotidiana violencia estructural, el castigo ejemplar de unos pocos y o las represalias generalizadas para los participantes y sus familias, a través de todos los instrumentos del Estado. La represión por una parte pondrá a prueba la fortaleza del movimiento social y sus militantes, y también de la movilización colectiva. Asimismo, influirá en las formas que adopte la protesta, y puede tener impacto directo en las movilizaciones, ya sea para generar más oposición cuando la movilización se encuentre en su fase inicial, en la que la esperanza de éxito es elevada y hay más oportunidades de movilización; o todo lo contrario, cuando el ciclo inicia su fase descendente (Brockett, 1995). Como vemos en distintos casos analizados, este hecho desafía tanto la premisa de que una violencia indiscriminada produce una respuesta generalizada y una oposición de masas, como la de que puede frenar las movilizaciones y ser el arma definitiva en manos de las élites del régimen.

El libro se inicia con la llegada de barcos de guerra a las costas marroquíes frente a diferentes ciudades, con la crónica de Clément sobre el despliegue coercitivo de apoyo a la política colonial. El bombardeo de la medina de Casablanca en 1907 marca el inicio de una represión contra la población civil y la generación de un intercambio de violencia, de avances coloniales, con sus aliados locales, y resistencias que se alargará hasta 1926 en la Zona Norte y hasta principios de los 30 en la zona francesa. En la memoria colectiva quedarán eventos como el «desastre de Anual», según la historiografía española, o «batalla de Anual» desde la versión nacional marroquí, o la violencia de 1923-1925 cuando la población del Rif central es bombardeada con gas por la aviación española, y la represión se multiplica especialmente por tierra, a manos de la Legión, que se venga de las masacres de Anual de 1921 con la destrucción de poblados. Las consecuencias de este ciclo de violencia marcarán las posibilidades políticas de las estrategias locales y la posterior transformación de la vía armada en una vía política a través del nacionalismo.

Las primeras actuaciones del nacionalismo, articuladas por nuevas formas de protesta, también serán reprimidas, como la detención en Fez de Al-Wazzani en 1930, cuando es detenido y azotado en público. La represión en las calles por las fuerzas de orden público, marroquíes y apoyadas por mandos franceses, trata de disuadir el nuevo movimiento, aunque también hay que remarcar que la alianza instrumental de los reformistas del norte con los militares españoles golpistas a partir de 1936 genera también una extraordinaria paradoja, al tener el movimiento nacionalista un margen de maniobra relativamente más amplio que en la vecina zona francesa.

Según nos muestra Guerin, en 1937 los legionarios disparan contra la multitud en Meknes y provocan 23 muertos. Esta violencia abierta ve-

nía acompañada de otras formas efectivas de control como la expropiación o la privatización. En cualquier caso, no es baladí especificar qué cuerpo armado interviene en la represión y quién lo dirige, en cada una de las revueltas analizadas. Un aspecto que se ha podido observar con la comparación colonial y postcolonial es la importancia de determinar quién realiza la represión directa, tanto para identificar en qué nivel de autoridad recae la gestión de la protesta, como para ver qué instancia del poder negociará y se implicará en el conflicto. Muchas veces el nivel local actúa como cortafuegos para proteger a los niveles primarios de las élites, para que estas puedan intervenir en segunda instancia ya sea como escalada de la represión, o para cooptar o negociar. En la época colonial, esta observación adquiere relevancia, según si se trataba de cuerpos marroquíes o franceses. En la manifestación de 1948 en Tetuán, Velasco detalla que la represión estuvo a manos de la mejaznía, la policía controlada por el bajá de la ciudad, pero también hay evidencias de la participación del ejército, de servicios secretos camuflados entre la multitud, y hasta de la policía española, como se puede apreciar en fotografías. En la revuelta de Tánger de 1952, 12 equipos de agentes de seguridad recorrieron la ciudad desde la mañana, además de unos 50 o 60 agentes a disposición del Comisario Wilbers, concentrados en la Dirección de Policía, y otros agentes a caballo actuaron en el barrio de Beni Makada con sable y mosquetón. Aunque la Policía disponía de 500 granadas lacrimógenas en el cuartel de dicho barrio, no fueron distribuidas, provocando el riesgo de tener que disparar sus armas contra la multitud para imponerse. Las tácticas del terror varían según el juego de fuerzas, pero es durante las revueltas armadas de 1955 cuando las autoridades probaron nuevas tácticas de represión. El general Duval dejó escalar la situación de modo voluntario durante cinco horas antes de intervenir y provocar miles de muertos, lo que quería ser una «pacificación radical» para asegurar durante un tiempo el orden en el Protectorado.

Los métodos de la guerra colonial serán compartidos por los nuevos Estados independientes, del mismo modo que las tácticas francesas de represión en Argelia fueron exportadas a las dictaduras de Latinoamérica, donde los propios oficiales franceses fueron enviados para asesorarlas. En 1958, el ejército marroquí aplasta la revuelta rifeña, con bombardeos e intervención por tierra, con detenciones y torturas. En la represión sobre Casablanca en 1965, los tanques intervienen y las fuerzas armadas actuarán sobre la población; en la revuelta de Nador de 1984 o contra los manifestantes en Fez en 1990 incluso disparan desde helicópteros sobre la gente.

En el siglo XXI la represión armada deja de tener el mismo valor para las autoridades, en un contexto en el que su imagen de régimen moderado en transición es una de sus principales bazas para el apoyo interna-

cional. El ejercicio del poder ha cambiado sus formas y métodos. Hoy en día, métodos como la no renovación de permisos para tiendas, el bloqueo del ascenso de los funcionarios, despidos, multas por otros asuntos, etc. en muchas ocasiones hacen innecesarias algunas de las viejas prácticas represivas como la cárcel o violencia directa, que no desaparecen pero se aplican de forma más quirúrgica o ante movilizaciones que se consideran más amenazadoras para la estabilidad del régimen.

La transnacionalización de las redes, los movimientos sociales y las revueltas (por ejemplo, durante las protestas del HIRAK en verano de 2017 las manifestaciones de rifeños se sucedieron por toda Europa, con miles de asistentes y ejerciendo cierta presión sobre los gobiernos) se puede expresar de formas distintas. A menudo la protesta responde total o parcialmente a la penetración de actores, intereses y políticas exteriores, ya sea por imposiciones directas como el colonialismo o las políticas del FMI, o indirectas como el apoyo exterior a las élites de la región. También se deben tener en cuenta las redes solidarias que se extienden hacia el extranjero, como por ejemplo el movimiento nacionalista que contó con redes de apoyo tanto en París, como en la Sociedad de Naciones, y especialmente en Oriente Medio. El apoyo internacional árabe-musulmán a la protesta contra el dahir bereber es uno de los momentos culminantes de estos apoyos y vínculos. En dirección contraria, muchos años más tarde y bajo otras circunstancias, se producen las manifestaciones en favor de Palestina o las protestas contra las guerras del Golfo y la invasión de Iraq, que en realidad también eran una crítica al propio régimen camuflada en la solidaridad con otros hermanos árabes. En cambio, a diferencia de estas protestas anteriores que habían aprovechado la «excusa» de la denuncia de situaciones o actores exteriores, las revueltas de la Primavera Árabe se centraron en el factor doméstico (Khalidi, 2011: 1, 4). Por el contrario, los regímenes que reaccionaron contra las primaveras árabes dedicaron, infructuosamente, muchos esfuerzos y propaganda a atribuir las protestas a la influencia exterior o a agentes exteriores.

Los mecanismos de poder del Estado y la represión también se intentan extender al exterior por medio de servicios secretos, coacciones, cooptaciones o impedimentos burocráticos diversos. Existen repetidos ejemplos de estas actividades, desde el secuestro y asesinato de Ben Barka, hasta el cotidiano control de embajadas y consulados sobre las comunidades de emigrantes en países europeos.

El final de una movilización tiene una relación directa con la capacidad del movimiento social para continuar la movilización colectiva a pesar de las acciones contrarias de las élites a las que se enfrenta. Se puede medir teniendo en cuenta si continúan participando en la movilización un número significativo de personas y si continúa reclutando

nuevos miembros (Coma i Roura, 2014: 3-4). Y en relación a su efectividad, se le supone a la movilización social la capacidad de debilitar a las élites que dominan el régimen de poder. Si la movilización muere por inanición y cansancio tendrá pocas repercusiones en las élites dominantes, aunque hará disminuir su legitimidad y dejará una semilla plantada para futuras movilizaciones. Pero si la movilización puede ser derrotada con medidas represivas, algunas élites aumentarán su poder. En caso de guerra civil serán élites, tanto del régimen como de algunos grupos políticos y armados, las que pasarán a controlar el conflicto para ganar poder. En casos de reforma o cooptación de élites de la vanguardia del movimiento social, el régimen permanece, aunque algunas nuevas élites se introducen en la competición, en muchos casos con una posición secundaria. En casos de revolución o de convocatoria de elecciones libres algunas de las élites del movimiento social pasarán a participar en la competición por la acumulación diferencial de poder como élites primarias.

El éxito o el fracaso de un movimiento social se puede visualizar en dos ámbitos: 1. La aceptación del movimiento o grupo como interlocutores; 2. Los beneficios conseguidos para los colectivos a los que defensa (Gamson, 1990: 29). En los casos analizados en este libro encontramos ejemplos de las dos dimensiones, que nunca se presentan en blanco y negro, a veces los éxitos (o las derrotas) son parciales; a veces una movilización planta la semilla de un éxito que necesitará muchas otras movilizaciones, tiempo y debilidades de las élites en el poder para que los beneficios se plasmen en la sociedad; a veces solo son aceptados como interlocutores algunos de los actores protagonistas, mientras que otros son reprimidos con toda dureza; y en ocasiones los fracasos se expresan en terribles y crueles castigos, o simplemente en dirigentes cooptados que traicionan al movimiento social para hacerse un lugar en el régimen como élite secundaria.

No obstante, acabe como acabe una ola de protestas casi siempre se reflejará en las élites, en el régimen e incluso en el sistema. La finalización de la movilización popular es siempre un paréntesis en la competición de las élites por el poder, que como hemos comentado en los primeros capítulos del libro, nunca se detiene. Durante el tiempo de la movilización la competición por el poder cambia de forma, a veces las élites establecen nuevas alianzas para protegerse de los movimientos sociales, a veces alguna élite tiene capacidad para subir a la ola movilizadora y aprovecharla contra otra élite, pero siempre son momentos en que todas las élites de alguna forma pierden poder porque la gente movilizadora es capaz de convertirse en actor y recuperar parte de su fuerza. El final de la movilización implica que este poder que había recuperado la población en la calle vuelve a manos de las élites, que continúan compitiendo de la misma forma que anteriormente si la movilización ha

fracasado, o con nuevas formas y actores si ha conseguido provocar cambios en el sistema.

El análisis histórico del capítulo primero de esta obra muestra la persistencia, de raíces históricas profundas, de las condiciones estructurales para la revuelta en el Marruecos actual. Se dan las condiciones para la continuidad de una movilización social amplia. El fin de una protesta es actualmente el inicio de otra. Las revueltas de Hirak en el norte, o de la ciudad minera de Yerada en el este del país testimonian la rapidez con la que unos ciclos de conflictos se concatenan con otros.

Notas

1. La explicación de algunas trayectorias colectivas también nos permitiría desvelar algunas de las claves que conforman la acción social, especialmente en el caso de cambios de posición política paradójicos, como los combatientes anticoloniales que terminan colaborando con el Protectorado, comunistas convertidos al islamismo en los 80, o jóvenes revolucionarios devenidos concejales en un ayuntamiento.

2. Karl Marx, 1859, «Preface» en *A Contribution to the Critique of Political Economy*.

3. La creación de una República del Rif por Abdelkrim al-Jattabi continúa siendo, no obstante, un episodio ambiguo en este sentido. Abdelkrim otorgó ese nombre a una entidad política, denominada Estado de la República Rifeña (*Dawla Jumhuriyya Rifīyya*), con el objetivo de transformar el orden político tribal y el derecho consuetudinario rifeño, e imponer unas ideas reformistas islámicas a imitación de otros ejemplos de Oriente Medio. Incluso envió una carta en este sentido a la Sociedad Naciones en septiembre de 1922. Ver (Madariaga, 2009).

4. La Primavera Árabe abrió un debate sobre esta cuestión con posiciones escépticas y otras utópicas [ver (Comunello y Anzera, 2012)].

5. Así lo demuestra el estudio de numerosos notables tribales que cambiaron de bando, proespañol o antiespañol, en función del contexto y el juego de fuerzas del momento, durante el período del principal conflicto bélico entre 1909 y 1926. El concepto de acomodación resulta pertinente para dar sentido a estas estrategias (Levtzion, 1978).

Bibliografía

ACHCAR, GILBERT, *The people want: a radical exploration of the Arab uprising*, Berkeley, Univ of California Press, 2013.

AIXELÀ CABRÉ, YOLANDA, *Mujeres en Marruecos: un análisis desde el parentesco y el género*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.

ANDERSON, BENEDICT, *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial*, Madrid, Akal, 2008.

AYATS, JAUME, «El gest digne per cantar tots junts a una sola veu», *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 5, 2005.

BAKER, ALISON, *Voices of Resistance: Oral Histories of Moroccan Women*, Nueva York, SUNY Press, 1998.

BAZZAZ, SAHAR, «Reforma, Rebelión, y revitalización Kattaniyya durante el

- alzamiento de la Hafiziyya de 1907», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- BEININ, JOEL, *Workers and peasants in the modern Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- BENNANI-CHRAIBI, MOUNIA, *Soumis et Rebelles. Les Jeunes au Maroc*, Casablanca, Éditions Le Fennec, 1995.
- BERGH, SYLVIA I. y DANIELE ROSSI-DORIA, «Plus Ça Change? Observing the Dynamics of Morocco's "Arab Spring" in the High Atlas», *Mediterranean Politics*, 20, 2, 2015.
- BERQUE, JACQUES, «Qu'est-ce qu'une «tribu» nord-africaine?», *Éventail d'histoire vivante: Hommage à Lucien Febvre offert par l'amitié d'historiens*, París, Armand Colin, 1953.
- BONTE, PIERRE, EDOUARD CONTE y PAUL DRESCH (eds.), *Émirs et présidents: figures de la parenté et du politique dans le monde arabe*, París, CNRS Éditions, 2001.
- BOURQIA, RAHMA y SUSAN GILSON MILLER, *In the Shadow of the Sultan: Culture, Power and Politics in Morocco*, Cambridge, Harvard University Press, 31, 1999.
- BRANCH, ADAM y ZACHARIAH MAMPILLY, *Africa Uprising. Popular Protest and Political Change*, Londres, Zed Books, 2015.
- BROCKETT, CHARLES D., «A Protest-cycle resolution of the repression/ popular-protest paradox», en M. Traugott (ed.), *Repertoires and cycles of collective action*, Durham y London, Duke University Press, 1995.
- BROWN, KENNETH L., *People of Salé. Tradition and Change in a Moroccan City. 1830-1930*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
- BRUBAKER, ROGERS y FREDERICK COOPER, «Beyond "identity"», *Theory and Society*, 29, 1, 2000.
- BUECHLER, STEVEN M., «The Strange Career of Strain and Breakdown Theories of Collective Action», en D. A. Snow, S. A. Soule y H. Kriesi (eds.), *The Blackwell companion to social movements*, Londres, Blackwell Publishing Ltd, 2004.
- BURKE, EDMUND, *Prelude to Protectorate in Morocco: Precolonial Protest and Resistance, 1860-1912*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.
- , *The Ethnographic State: France and the Invention of Moroccan Islam*, Oakland, Univ of California Press, 2014.
- CLÉMENT, JEAN-FRANCOIS, «Strategies repressives et techniques du maintien de l'ordre: les revoltes urbaines de janvier 1984 au Maroc», *Mouvements sociaux*, 5, 1987.
- COMA I ROURA, JOAN, «Civil Resistance in ongoing violent conflicts over statehood and sovereignty. The transnational dimension of civil resistance struggles against foreign occupation», Universitat Autònoma de Barcelona. Dept. Ciència Política i Dret Públic, 2014.
- COMUNELLO, FRANCESCA y GIUSEPPE ANZERA, «Will the revolution be tweeted? A conceptual framework for understanding the social media and the Arab Spring», *Islam and Christian-Muslim Relations*, 23, 4, 2012.
- DAVIS, DIANA K., «Neoliberalism, environmentalism, and agricultural restructuring in Morocco», *Geographical Journal*, 172, 2, 2006.

- EICKELMAN, DALE, *Antropología del mundo islámico*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003.
- FELIU, LAURA, *El jardín secreto. Los defensores de los derechos humanos en Marruecos*, Madrid, La Catarata, 2004.
- FELIU, LAURA y FERRAN IZQUIERDO BRICHS, «Estructura de poder y desafíos populares. La respuesta del régimen marroquí al movimiento 20 de febrero», *Revista de Estudios Políticos*, 174, 2016.
- FILIU, JEAN-PIERRE, *L'Apocalypse dans l'Islam*, París, Fayard, 2008.
- GARCÍA, JOSÉ SÁNCHEZ, «La sociedad contra el Estado... egipcio: Enfoques etnohistóricos de una revolución inacabada», *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 17, 2, 2012.
- GLEDHILL, JOHN, *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.
- GOEURY, DAVID, «La visite royale comme réponse au stress territorial: les conséquences des manifestations rurales dans le Haut Atlas central et oriental marocain», *L'Espace Politique. Revue en ligne de géographie politique et de géopolitique*, 24. Département de géographie de l'université de Reims Champagne-Ardenne, 2015, <<https://journals.openedition.org/espacepolitique/3242>>.
- GOLDSTONE, JACK, «Toward a fourth generation of revolutionary theory», *Annual Review of Political Science*, 4, 2001.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, AURORA, *La dicotomía emic/etic. Historia de una confusión*, Barcelona, Anthropos, 2009.
- GUERIN, ADAM, «Soberanía por los recursos y poder estatal: la revuelta de Meknes (septiembre de 1937)», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- HALLIDAY, FRED, *Revolution and world politics: The rise and fall of the sixth great power*, Durham, Duke University Press, 1999.
- HOBBSBAM, ERIC, *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1974.
- JOSEPH, TERRI BRINT, «Poetry as a strategy of power: the case of Riffian Berber women», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 5, 3, 1980.
- KEDDIE, NIKKI R., *Debating revolutions*, Nueva York, NYU Press, 1995.
- KEESING, ROGER M., *Custom and confrontation: the Kwaio struggle for cultural autonomy*, Chicago y London, University of Chicago Press, 1992.
- KHALIDI, RASHID, «Preliminary historical observations on the Arab revolutions of 2011», *Middle East Monitor*, 2011.
- KOOPMANS, RUUD, «Protest in time and space: The evolution of waves of contention», en D. A. Snow, S. A. Soule y H. Kriesi (eds.), *The Blackwell companion to social movements*, Londres, Blackwell Publishing Ltd, 2004.
- LAWSON, GEORGE, «Halliday's revenge: revolutions and International Relations», *International Affairs*, 87, 5, 2011.
- LEVZION, NEHEMIA, «Islam in West African Politics: Accommodation and Tension between the 'ulamā' and the Political Authorities», *Cahiers d'études africaines*, XVIII, 3, 1978.
- LOCKMAN, ZACHARY, «Imagining the working class: Culture, nationalism, and class formation in Egypt, 1899-1914», *Poetics Today*, 15, 2, 1994.

- LOPES DE SOUZA, MARCELO y BARBARA LIPIETZ, «The 'Arab Spring' and the city: hopes, contradictions and spatiality», *City: analysis of urban trends, culture, theory, policy, action*, 15, 6, 2011.
- MADARIAGA, MARÍA ROSA DE, *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- MADDY-WEITZMAN, BRUCE, «Unrest in North Africa. On the Backroads of Morocco», *The American Interest*, September 1, 2015, 2015, <<http://www.the-american-interest.com/2015/08/31/on-the-backroads-of-morocco/>>.
- MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, *Entre el cielo y la tierra. La tariqa 'Alawiyya en el Rif oriental y Melilla durante la primera mitad del siglo XX*, Melilla, Consejería de Cultura y Festejos, Archivo de Melilla, 2016.
- MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, *La «hermandad» hispano-marroquí: política y religión bajo el protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003.
- MAYEUR-JAOUEN, CATHERINE (ed.), *Saints et héros du Moyen-Orient contemporain*, París, Maisonneuve et Larose, 2002.
- MONJIB, MAÁTI, «1965, ou comment Hassan II a maté la jeunesse», *Zamane*, 7, 2011.
- NISBET, ROBERT A., THOMAS S. KUHN y LYNN WHITE, *Cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- PAREJO, MARÍA ANGIUSTIAS, *Entre el autoritarismo y la democracia. Los procesos electorales en el Magreb*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010.
- PAREJO, MARÍA ANGIUSTIAS y LAURA FELIU, «Identidad y regionalización: los actores políticos marroquíes ante la reforma constitucional de 2011», *RIPS: Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 12, 2, 2013.
- POLANYI, KARL, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, Ediciones La Piqueta (1989 [1944]).
- RACHIK, HASSAN, «How religion turns into ideology», *The Journal of North African Studies*, 14, 3-4, 2009.
- ROTALIER, BRUNO DE, «Les yaouleds (enfants des rues), de Casablanca et leur participation aux émeutes de décembre 1952», *Revue d'histoire de l'enfance «irrégulière»*, *Le Temps de l'histoire*, 4, 2002.
- SAHLINS, MARSHALL, *Islas de Historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1997.
- SEDDON, DAVID, «Winter of discontent: economic crisis in Tunisia and Morocco», *MERIP Reports*, 127, 1984.
- SKOCPOL, THEDA, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- STOLER, ANN LAURA, *Along the Archival Grain. Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2010.
- STOLER, ANN LAURA, *Imperial durabilities in our times*, Durham, Duke University Press, 2016.
- TARROW, SIDNEY G., *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford, Oxford University Press, 1989.
- TAUSIET, MARÍA y JAMES S. AMELANG (eds.), *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna*, Madrid, Abada Editores, 2009.
- TILLY, CHARLES, LOUISE TILLY y RICHARD TILLY, *The rebellious century (1830-1930)*, Cambridge, Harvard University Press, 1975.

- TUDOROIU, THEODOR, «Social media and revolutionary waves: The case of the Arab spring», *New Political Science*, 36, 3, 2014.
- VANSINA, JEAN, *Being Colonized. The Kuba Experience in Rural Congo 1880-1960*, Madison, University of Wisconsin Press, 2010.
- WALTON, JOHN y DAVID SEDDON, *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, Oxford, Blackwell Publishers, 1994.
- WHITTIER, NANCY, «The Consequences of Social Movements for Each Other», en D. A. SNOW, S. A. SOULE y H. KRIESI (eds.), *The Blackwell companion to social movements*, Londres, Blackwell Publishing Ltd, 2004.
- YASSINE, ABDESSALAM, *Winning the Modern World for Islam*, Iowa, Justice and Spirituality Publishing, 2000.